

sentido común

CAMINAR ENTRE IGUALES

N 17 | febrero | 2026

**contra la ultra
derecha**



INDICE



sentido✖**común**

CONSEJO EDITORIAL Lorenzo Meyer, Paco Ignacio Taibo II, José Hernández, Rafael Barajas
"El Fisgón", Rafael Pineda "Rapé", José Gandarilla, Violeta Vázquez-Rojas, Elvira Concheiro
Bórquez, Elisa Godínez, Pedro Miguel, Violeta Núñez Rodríguez, Silvana Rabinovich.

CARTONES Chelo | Ricardo Peláez | Mora | Beatrix

DIRECTOR FABRIZIO MEJÍA | **DISEÑO** ANDRÉS MARIO RAMÍREZ CUEVAS

sentidocomunmx.com

4 **DE LO QUE SE TRATA**
Contra la ultraderecha

5 **EL CARTÓN DE CHELO**
Métodos extractivos

6 **RAFAEL BARAJAS, “EL FISGÓN”**
El 15-N: Crónica de un intento fallido de Golpe de Estado Blando

14 **FABRIZIO MEJÍA MADRID**
Ultraderecha: dos o tres cosas que sé sobre ella

18 **PEDRO MIGUEL**
Adiós a la patria generosa
¿Ha vuelto Acción Nacional a su raíz nazi?

22 **JOSÉ GANDARILLA**
Ultraderechas: servilismo y agresión imperialista
México, un bastión de resistencia

28 **KURT WILLIAM HACKBARTH**
La cruz, la bandera y el abandono: anatomía del auge de MAGA

33 **HÉCTOR ALEJANDRO QUINTANAR**
El “MAGA” trumpista y el nuevo macartismopost-soviético

38 **VIOLETA VÁZQUEZ-ROJAS MALDONADO**
El modo es el mensaje: la ruptura de las convenciones discursivas de la ultraderecha

42 **ALBERTO BETANCOURT POSADA**
El medio ambiente de la derecha

Contra la ultraderecha



Nos hemos vuelto a juntar en este 2026 por un tema urgente: la ultraderecha. A este número de Sentido Común le antecede una serie de acontecimientos que van del intento fallido de un ataque directo contra el Palacio Nacional el 15 de noviembre pasado, un relanzamiento de Acción Nacional que retoma los principios del fascismo italiano de Benito Mussolini, una retórica anti-democrática de parte de los organizadores de un nuevo partido que emerge de la Marea Rosa y Claudio X. González, y la recalentada campaña del “narco-Estado” para justificar una intervención militar de los Estados Unidos. Nuestra atención se dirige, en un inicio, a México, pero pronto nos vamos al origen de la desazón: el trumpismo, sus bases, su ideología.

Lo que resultó de este número urgente fue un llamado para poner atención en el adversario principal al que debemos entender y diseccionar, desde sus acciones, pretensiones, hasta su lenguaje. No creemos que sea el momento de ignorar a la ultraderecha, ni mucho menos de debatir con ella. Es tiempo de denunciarla.

Métodos extractivos



EL CARTÓN DE CHELO

El 15-N: Crónica de un intento fallido de Golpe de Estado Blando

La prueba más palpable de la desesperación de la derecha neoliberal ante la consolidación de la Cuarta Transformación (4T) es que recurre cada vez más a la violencia.



Crisis y violencia de la derecha mexicana

La prueba más palpable de la desesperación de la derecha neoliberal ante la consolidación de la Cuarta Transformación (4T) es que recurre cada vez más a la violencia. El 9 de junio de 2025, en entrevista con Azucena Uresti, el dirigente nacional del Partido Acción Nacional (PAN), Jorge Romero, declaró: “lo que nos falta a la oposición, literalmente, es ya la violencia”.¹ El 27 de agosto, en una sesión de la Cámara de Diputados, *Alito* y otros diputados de su partido tomaron la tribuna de la Permanente de forma porril y golpearon al presidente de la Cámara Alta y a un colaborador.² Más adelante, el

dirigente tricolor convocó a un “pleito opositor” contra los “morenarcos” e hizo reiterados llamados públicos a violentar a los simpatizantes de la 4T:

Yo le voy a pedir a la gente –y hay que hacerlo de manera enérgica y con carácter– que cuando los vean en las calles, los señalen, les mienten la madre y ponerlos en su lugar [...] Una pinche gritiza. ¿Qué dos cachetadas? ¡Dos cachetadas también! Pa’ que aprendan.³

El clímax de esta escalada de violencia se dio el 15 de noviembre (15-N) de 2025, cuando la derecha prianista y grupos empresariales organizaron, con engaños y apoyo mediático, un calentamiento de calles de gran escala

1 Entrevista de Jorge Romero con Azucena Uresti. <https://polemon.mx/jorge-romero-miente-y-se-lanza-contra-polemon/>

2 Nota de Andrea Becerril y Georgina Saldierna. “*Alito* Moreno agrade a golpes a Fernández Noroña en el Senado. La Jornada. 27 de agosto de 2025. <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/08/27/politica/se-agarran-a-golpes-alito-moreno-y-fernandez-norona-en-el-senado>

3 <https://www.facebook.com/nacionmorena24/videos/-alito-se-cay%C3%B3-solitoquiere-que-cacheteen-y-griten-a-los-morenistaspero-al-final/1816721195618813/>

–reforzado con grupos de choque porriles– en el Zócalo de la Ciudad de México.

El tema no es menor, ya que se trató de un intento de Golpe de Estado Blando distinto a los que se habían practicado en el mundo hasta ese momento. En los siguientes apartados haremos un recuento de hechos, desmenuzaremos las peculiaridades de la intentona de golpe del 15-N, revisaremos el papel que jugó el aparato mediático (y cuáles son sus alcances) y, finalmente, analizaremos la situación del conservadurismo mexicano en un contexto internacional de auge de la ultraderecha y la derecha fascista.

Cronología del 15-N

Para hacer un diagnóstico correcto de los eventos del 15-N, es indispensable hacer la cronología de cómo la violencia de la oposición fue creciendo en las semanas previas en las calles y las redes sociales.

Los hechos del 15-N se dan en un contexto general de guerra mediática prolongada promovida por la derecha desde el 2005 en contra de actores específicos de la izquierda mexicana; notablemente, Andrés Manuel López Obrador (AMLO). Cuando AMLO ganó las elecciones en 2018, dichas campañas se agudizaron. Esto ha establecido un clima de tensión y violencia en parte de la opinión pública.

En la era neoliberal, los grandes consorcios mediáticos operaron como el aparato ideológico del sistema y solaparon los fraudes, la represión y las violaciones sistemáticas a los derechos humanos. Pero desde que llegó al gobierno la 4T, a pesar de que no han podido documentar un solo acto de censura, un fraude electoral, ni un acto de represión atribuible al Gobierno Federal, estos consorcios se han autoerigido en los defensores de la democracia, la libertad de prensa y los derechos humanos. Sin fundamento, acusan de totalitarismo a los protagonistas de la transformación y, desde el 2023, acusan al régimen de ser un “narcogobierno”, y hacen una constante

guerra psicológica y mediática para crear un clima de ingobernabilidad.

El principal representante de esta derecha mediática es Ricardo Salinas Pliego, dueño de TV Azteca, quien tiene fuertes lazos con la derecha internacional a través de *Atlas Network* (una red global de *think tanks* libertarios). Este empresario ha evadido impuestos desde hace décadas y llegó a acumular un adeudo estratosférico con la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP). Ante las presiones para que pague sus deudas, su consorcio mediático aceleró su narrativa anti 4T.

La violencia del 15-N tiene un antecedente directo en la marcha del 2 de octubre del 2025. Ese día, la conmemoración de la masacre de Tlatelolco fue empañada por actos violentos perpetrados por grupos de choque infiltrados. Unos 350 encapuchados vandalizaron mobiliario urbano, robaron negocios y agredieron a policías. 94 agentes tuvieron que ser hospitalizados.⁴ Ese fue el ensayo general previo al 15-N. Esto significa que el vandalismo no fue espontáneo, pues se reclutaron golpeadores y se armaron grupos de choque y estrategias con meses de anticipación.

El 15 de octubre, en redes sociales, la cuenta *@generacionz_mx*, que se anuncia como apartidista, convocó “a la Generación Z” (a los “centenials”, a los nacidos entre 1997 y el 2012) a una marcha de protesta. La cuenta usó como símbolo la bandera de la serie *One Piece*, la cual había sido usada por los rebeldes en las violentas revueltas de Nepal. Un internauta (*Ayax*) documentó que la principal cuenta impulsora de las protestas tiene relación con *Monetiq*, una agencia empresarial de creación y difusión de contenidos en internet que es propiedad del exdiputado federal del PRI José Alfredo Femat Flores.⁵ Esto prueba que la convocatoria no fue apartidista, sino de falsa bandera.

El tono de las publicaciones cambió en pocas semanas. Entre el 16 y el 26 de octubre, los mensajes invitaban a una protesta “pacífica” para exigir la revocación de mandato,

4 Nota de Kevin Ruiz. *Encapuchados lanzan bombas molotov a policías en la marcha del 2 de octubre. La Jornada*. 3 de octubre de 2025. <https://www.jornada.com.mx/2025/10/03/politica/011n1pol>

5 <https://www.infobae.com/mexico/2025/11/06/exdiputado-del-pri-estaria-ligado-a-convocatoria-de-marcha-de-generacion-z/>

pero, a partir del 27 del mismo mes, comenzaron a circular imágenes generadas con inteligencia artificial (IA), que mostraban al Palacio Nacional en llamas.⁶ A la campaña se sumaron jóvenes influencers cercanos al PAN como Miguel Samaniego García, Kike Mireles y Edson Andrade.

El 1 de noviembre fue asesinado el alcalde de Uruapan, Carlos Manzo. El crimen generó una justa indignación. A partir de ese día, de manera sincronizada, las páginas convocantes cambiaron el motivo de la marcha y llamaron a protestar “contra la inseguridad”.⁷

Para deslindarse de la marcha de falsa bandera, el colectivo “Generación Z México” convocó el 8 de noviembre a una marcha, del Ángel de la Independencia al Zócalo de la capital mexicana. En este evento participaron cerca de 300 personas y todo transcurrió de manera pacífica.⁸

El 13 de noviembre, en la Mañanera del Pueblo, un análisis de *Infodemia* documentó que detrás de la convocatoria de la marcha de la Generación Z del 15-N estaban activistas digitales de la derecha internacional (ligados a *Atlas Network*, como Javier Negre, Fernando Cerimedo, Eduardo Menoni y Agustín Antonetti), cuentas y comunidades compradas en redes sociales, influencers, políticos de la vieja guardia y algunos empresarios mexicanos como Claudio X González (el dirigente de la *Marea Rosa*) y Ricardo Salinas Pliego. Según este estudio, el gasto estimado para promover la marcha era de cerca de 90 millones de pesos.⁹

El jueves 13 de noviembre, la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) dictaminó que el empresario Salinas Pliego debía pagar al fisco 48.3 mil millones de pesos de impuestos atrasados.¹⁰ Este dictamen explica el

involucramiento del dueño de TV Azteca en la intentona desestabilizadora.

El 15 de noviembre se llevó a cabo la marcha de la Generación Z. La asistencia fue mucho más baja de la esperada. Mientras que en el 2023 la Marea Rosa había llenado el Zócalo, al 15-N solo llegaron unas 17 mil personas. La inmensa mayoría de los asistentes pertenecían a la vieja guardia del PRIANRD; también participaron grupos religiosos y encapuchados. Al llegar al Zócalo se activaron los grupos de choque que venían armados con palos, tubos, martillos, cocteles molotov y traían herramientas especializadas para romper las vallas metálicas que el gobierno había colocado en la plaza. Las agresiones duraron horas y la policía resistió. Cuando los manifestantes rompieron las vallas, se enfrentaron policías y golpeadores. Hubo 120 heridos, de los cuales 100 eran policías.

A lo largo de todo este tiempo, TV Azteca desplegó un operativo mediático de gran escala arengando en contra del gobierno. Su intención era buscar una imagen de policías golpeando manifestantes para denunciar que “la narcodictadura reprime”. Estaban buscando un muerto. Es importante recordar que, durante los desmanes, un grupo de porros intentó entrar en la Secretaría de Actas de la SCJN, donde estaban los expedientes del caso contra TV Azteca, presumiblemente para incendiar el lugar y eliminar el expediente. Finalmente, después de horas de agresiones, los manifestantes se dispersaron. El secretario de Seguridad Ciudadana, Pablo Vázquez, informó que 40 personas habían sido arrestadas;¹¹ quedaron detenidas 19 personas, tres de las cuales enfrentan el delito de tentativa de homicidio.

6 <https://es.wired.com/articulos/contenido-generado-con-ia-llama-a-protestar-a-la-generacion-z-en-mexico-se-trata-de-un-golpe-de-estado>

7 <https://animalpolitico.com/sociedad/marcha-generacion-z-cdmx-justicia-asesinato-carlos-manzo-protesta-violencia>. El asesinato de Manzo debe ser revisado a fondo, pues tiene temas delicados; entre otras cosas, está documentado que varios de los escoltas de su guardia personal participaron en la conjura.

8 <https://www.infobae.com/mexico/2025/11/09/mas-de-300-personas-se-sumaron-a-marcha-de-la-generacion-z-en-cdmx-elementos-de-seguridad-impidieron-el-paso-hacia-el-zocalo/>

9 <https://infodemia.mx/entrada/8414>

10 <https://infodemia.mx/entrada/8414>

11 <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/11/15/capital/detienen-a-40-tras-marcha-de-la-generacion-z-reportan-100-policias-lesionados>

Poco después de la marcha, TV Azteca, el PRI y el PAN buscaron implantar la idea de que los grupos violentos habían sido infiltrados por el gobierno, pero el 20 de noviembre, el Congreso de la Ciudad de México acusó, con pruebas, a los alcaldes panistas Alessandra Rojo de la Vega (de la Cuauhtémoc) y Mauricio Tabe (de Miguel Hidalgo) de financiar a grupos violentos con recursos públicos.¹² Entre los operadores identificados están:

1. Rubén Jiménez Barrios (líder ambulante vinculado al PRI) [quien] operó para Alessandra Rojo de la Vega, alcaldesa de Cuauhtémoc.
2. Roberto Arceo Trujillo (subdirector de la alcaldía Miguel Hidalgo) “...” cercano a Mauricio Tabe, alcalde de Miguel Hidalgo.
3. Alberto González Mancilla (asesor de Andrés Atayde): militante del PAN.
4. Ubaldo Balderrama Ortiz (funcionario de Cuauhtémoc): amenazó de muerte a uniformados con frases como: «Van a morir, venimos armados».¹³

El Congreso de la CDMX también acusó al presidente nacional del PRI, Alejandro Moreno, de contratar grupos de choque y porros para generar violencia el 15 de noviembre.¹⁴

El partido tricolor reiteró la acusación de que el gobierno había infiltrado a los provocadores, pero, al mismo tiempo, desde el 17 de noviembre, el PRI nacional puso a disposición de los detenidos un equipo jurídico gratuito, con lo que reconoció implícitamente que los agresores detenidos eran suyos.

Balance general del 15-N

La intentona del 15-N fue un fracaso del conservadurismo mexicano. Sacudió a sectores de la opinión pública, pero nunca se generalizó ni logró desestabilizar al gobierno. Las razones del fracaso son múltiples: la convocatoria fue visiblemente tramposa; la concurrencia fue deslucida;

muchos actores de la derecha tradicional no se sumaron a la tentativa; la estrategia mediática no prendió porque estaba fundada en mentiras y, por lo mismo, la narrativa no pegó y, finalmente, la violencia fue intensa, pero no se desbordó y no hubo víctimas fatales. En las semanas siguientes, la oposición convocó a otras marchas “de la Generación Z”, pero estas tuvieron muy poca asistencia.

Cabe señalar que el gobierno de Claudia Sheinbaum denunció la maniobra a tiempo, operó con cuidado, no reprimió, sino que resistió; la violencia nunca se desbordó, la estabilidad del país jamás estuvo en riesgo y la credibilidad de la presidenta no bajó ni un solo punto porcentual.

Es previsible que el conservadurismo mexicano insista en esta estrategia. De hecho, con motivo de la Ley de Aguas Nacionales, la derecha y los acaparadores emprendieron varios bloqueos carreteros.

El 15-N, un intento de Golpe de Estado Blando

Desde finales del siglo xx, Washington y las oligarquías locales han buscado desestabilizar a sus rivales ya no con golpes militares, sino mediante los llamados Golpes Blandos. Esta estrategia, ideada a partir del texto de Gene Sharp, titulado *Las políticas de la acción no violenta*, plantea 198 métodos para supuestamente resistir a la tiranía y desestabilizar a actores políticos incómodos.¹⁵ Esta estrategia consta de cinco etapas:

- La promoción de un clima de tensión y violencia.
- Intensas campañas en defensa de la democracia, la libertad de prensa y los derechos humanos, acompañadas de acusaciones de totalitarismo contra el actor incómodo.
- Calentamiento de calles mediante la promoción de manifestaciones y protestas violentas.
- Guerra psicológica y mediática para crear un clima de ingobernabilidad.

12 <https://www.jornada.com.mx/2025/11/20/capital/031n1cap>

13 <https://elsoberano.mx/2025/11/20/alcaldias-del-pan-orquestaron-violencia-en-la-marcha-del-15n/>

14 <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/11/27/capital/lider-nacional-del-pri-contrato-a-porros-y-grupos-de-choque-el-15n-acusa-morena>

15 <https://commonslibrary.org/198-methods-of-nonviolent-action/>

- Forzamiento a la renuncia del mandatario mediante revueltas callejeras. Esto prepara el terreno para una intervención militar nacional o internacional. Esta etapa viene acompañada de presiones económicas y la búsqueda del aislamiento del país.

Este tipo de golpes de Estado se pusieron en práctica en varios países de la ex Unión Soviética y se denominaron “revoluciones de colores”.¹⁶ Todos los gobiernos progresistas de América Latina han sido sometidos a estrategias de golpes de Estado blandos (la Marea Rosa, de Claudio X. González, fue una versión mexicana de las revoluciones de colores).

A simple vista resulta evidente que el 15-N cumple con todos los pasos de las revoluciones de colores, pero presenta varias especificidades que obligan a pensar que estamos ante una nueva forma de Golpe de Estado Blando.

El 15-N, un intento de Golpe de Estado Blando de nuevo tipo

Un Golpe Blando sin *lawfare*.

El principal cambio en la estrategia del 15-N tiene que ver con la aprobación de la Reforma al Poder Judicial. En todo el planeta, los golpes blandos se han llevado a cabo con una estrategia en la que participan el aparato mediático y el poder judicial.

De hecho, el término *lawfare* o guerra judicial describe la estrategia que utiliza el aparato judicial como una maquinaria de guerra para atacar, desacreditar y neutralizar a un oponente político. En América Latina, todas las grandes figuras del progresismo –de AMLO a Lula– han sido víctimas de guerra judicial. Durante el sexenio de López Obrador, la derecha mexicana usó el *lawfare* para atacar al gobierno en todos los terrenos posibles. Sin embargo, la aprobación de la Reforma Judicial en 2025 y la conformación de una Suprema Corte de Justicia desligada de la oligarquía lo cambió todo. Por primera vez desde

que se establecieron las lógicas de los golpes blandos, los conjurados actuaron sin el respaldo de jueces y magistrados, lo que los obligó a centrar su estrategia en la fuerza del poder mediático

Un Golpe Blando centrado en un aparato de poder mediático.

En el 15-N vimos en acción una alianza política amplia de fuerzas conservadoras en la que participaron un poderoso empresario mediático (Ricardo Salinas Pliego), el PRI, el PAN y el PRD, grupos de golpeadores ligados a comerciantes y núcleos del crimen organizado, los restos de la Marea Rosa (con Claudio X. González a la cabeza), sectores de la ultraderecha católica y activistas digitales de la ultraderecha nacional e internacional (ligados a *Atlas Network*).

A falta de actores del Poder Judicial, esta intentona contó con el respaldo decidido de Salinas Pliego y su consorcio mediático. La perspectiva de tener que pagar casi 50 mil millones de pesos de impuestos orilló al magnate a promover la desestabilización del gobierno de Claudia Sheinbaum. La fecha de la marcha, el 15 de noviembre, estaba claramente ligada a la fecha en la que la Suprema Corte daría su veredicto final sobre sus adeudos fiscales (13 de noviembre).

El empresario neolonés hizo una feroz campaña antigubernamental en todos sus espacios informativos; echó mano de sus vínculos con la ultraderecha internacional y es muy probable que invirtiera millones en la campaña para promover la marcha. Finalmente, es obligado pensar que el intento de asaltar la Secretaría de Actas de la SHYCP tenía la finalidad concreta de favorecer los intereses del empresario.

La idea de que se puede intentar un Golpe de Estado Blando centrado en el poder mediático adquiere un interés estratégico en un mundo en el que los grandes medios de comunicación se concentran cada vez más en unas cuantas manos. Las personas más ricas de México tienen compañías de comunicación de alcance nacional y

16 Entre estas intentonas se cuentan: la Revolución Negra de Serbia en el 2000; la Revolución Rosa de Georgia en 2003; la Revolución Naranja en Ucrania en 2004, y la Revolución de los Tulipanes en Kirguistán en 2005.

las siete personas más ricas del mundo se han apropiado de un medio de comunicación global.¹⁷ La posibilidad de hacer un golpe de Estado Blando solo con el aparato mediático abre las puertas a nuevas formas de intentonas de desestabilización por parte de actores privados.

El 15-N fue un intento de Golpe de Estado promovido en gran medida por un empresario privado. Salinas Pliego actuó en alianza con el PRI y el PAN, con la Marea Rosa y la ultraderecha internacional, pero él fue el actor clave de la intentona; trató al golpe como un negocio personal. El regiomontano no actuó en concordancia con la clase empresarial. Los grandes empresarios de México lo dejaron solo.

El que un concesionario utilice su concesión para desestabilizar al gobierno plantea un problema de seguridad nacional. La participación de Salinas Pliego en el 15-N pone sobre la mesa la pertinencia de revisar la concesión que le dio el Estado y obliga a revisar la ley de radiodifusión.

El modelo de la revuelta de Nepal.

En su origen, los Golpes de Estado Blandos buscaron promover la falsa idea de que actuaban bajo principios democráticos y humanistas. Los Golpes Suaves nunca fueron humanitarios, pero se preocupaban por mantener una fachada de civilidad. La decisión de los promotores de la marcha de la Generación Z de tomar como modelo ya no a las revoluciones de colores, sino la brutal revuelta de Nepal –donde se desbordó la violencia, hubo linchamientos de funcionarios y quema de edificios de gobierno– marca un cambio en la historia de los Golpes Blandos. Revela que la derecha radical, en su desesperación, ya no pretende cuidar las formas y que ha decidido naturalizar su violencia. Después del 15-N, los Golpes Blandos pueden ser sangrientos. No debemos olvidar que los grupos de choque de acción directa son un invento del fascismo y que en esta marcha hubo encapuchados con *swásticas*.

Un Golpe Blando sin garantía de impunidad

Otra de las cosas que cambiaron con la Reforma al Poder Judicial fue la impunidad de los actores políticos

tradicionales. Cuando el PRI, el PAN (y en cierta medida el PRD) llamaban a grupos porriles violentos, les ofrecían dinero, prebendas e impunidad. Al no contar con jueces a modo, Alito Moreno, Alessandra Rojo de la Vega y Mauricio Tabé se han visto obligados a defender públicamente a sus golpeadores. Esto les dificulta la narrativa de que el gobierno infiltró la marcha y los obliga a hacerse cargo de sus actos.

Con todo, el 15-N no fue el exabrupto de un empresario narcisista y desesperado que se alía con una clase política corrupta, violenta y decadente. Debe leerse en el contexto de la crisis del imperio norteamericano y del crecimiento de la derecha radical a nivel internacional.

El 15-N en el contexto del ciclo contrarrevolucionario del MAGA

El principal aliciente de la derecha mexicana es el crecimiento de la derecha radical en el resto del planeta. En la segunda década del siglo XXI, en todo el planeta, la derecha avanza y se radicaliza. En Estados Unidos, bajo la presidencia de Donald Trump, el racismo, la xenofobia y el clasismo crecen y se traducen en actos discriminatorios y violentas redadas contra migrantes hispanos. En Europa, gobierna Italia una admiradora de Mussolini, Georgia Meloni y el ultraderechista Viktor Orban es primer ministro de Hungría. Los partidos de extrema derecha avanzan en casi todo el mundo. En América Latina, la derecha ha ido recuperando terreno a partir del 2023. Ese año triunfaron Javier Milei, en Argentina y Daniel Noboa en Ecuador. En 2025, la derecha recuperó Bolivia, Chile y Honduras. La derecha mexicana aspira a montarse en esta oleada.

La gran esperanza del conservadurismo mexicano es la perspectiva de que Washington intervenga en nuestro país (de hecho, en la marcha del 15-N abundaron los carteles y las declaraciones en ese sentido). Hoy sabemos que, en los albores del gobierno de Trump, el sub jefe del gabinete, Steve Miller, elaboró planes para realizar acciones militares estadounidenses en territorio

17 <https://www.diario-red.com/articulo/internacional/siete-personas-mas-ricas-mundo-han-aduenado-algun-medio-comunicacion-global/20251215182831060227.html>

mexicano, pero que después se decidió buscar la guerra en Venezuela.¹⁸

Casi todos los golpes militares que se dieron en América Latina en el siglo xx estuvieron respaldados por Washington.¹⁹ Del mismo modo, todos los Golpes Blandos y los grandes operativos de *lawfare* contra los gobiernos progresistas del siglo XXI han estado impulsados por las oligarquías locales, pero han contado con el beneplácito y el apoyo –a veces muy activo– del gobierno estadounidense. Sería ingenuo pensar que el 15-N escapa a esta regla.

Es un hecho que el Imperio estadounidense está en crisis. Después de décadas de ser el factor dominante del planeta, Estados Unidos tiene que negociar con Rusia y China, y muchas naciones están abandonando el patrón dólar. Ante la pérdida de su hegemonía, Washington ha tomado la decisión de afianzar su control sobre los recursos naturales de América Latina.

El 15-N se da en el marco de una embestida de Washington contra todos los gobiernos progresistas de la región. No tenemos pruebas de que el embajador de Estados Unidos en México estuviera activo en la intentona del 15-N, pero es un hecho que Ronald Johnson es un boina-verde experto en operativos de guerra irregular.

En noviembre de 2025, la Casa Blanca publicó un documento titulado Estrategias de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América, el cual reitera la vigencia de la Doctrina Monroe y plantea el Corolario Trump, el cual establece:

Después de años de negligencia, Estados Unidos reafirmará y aplicará la Doctrina Monroe para restaurar la

preeminencia americana [estadunidense] en el continente americano, y para proteger a nuestra patria y nuestro acceso a sus geografías a través de la región [...]

Negaremos a competidores no hemisféricos la habilidad de posicionar fuerzas u otras capacidades amenazantes, o de adueñarse o estratégicamente controlar bienes vitales en nuestro hemisferio.²⁰

Todo esto viene acompañado de una pérdida importante de la civilidad internacional. En los últimos meses, Estados Unidos –con el pretexto de que transportaban droga– asesinó a más de cien personas en el Pacífico y secuestró barcos que transportaban petróleo venezolano a otras naciones. El 3 de enero de 2026, realizó un operativo militar en Venezuela, bombardeó población civil en Caracas y secuestró al presidente Nicolás Maduro y a su esposa. Esto rompe con la paz en la región, violenta el orden diplomático internacional y revela que el imperio está dispuesto a lo que sea con tal de tener acceso a los recursos naturales de América Latina.

El 8 de enero, Trump declaró: “Vamos a empezar ahora a atacar por tierra a los cárteles. Los cárteles están controlando México”.²¹

La situación es delicada. El imperio estadounidense está en plena decadencia y se torna cada vez más agresivo y violento. La derecha avanza en todo el planeta, y en México está envalentonada y dispuesta a todo. La reacción mexicana no pierde la esperanza y hace reiterados llamados a que Washington intervenga en México.²² Ahora más que nunca, los mexicanos debemos defender nuestra soberanía. ⬅

18 <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/12/18/mundo/venezuela-fue-la-segunda-opcion-despues-de-mexico-para-ataques-militares-estadunidenses>

19 Ver al respecto Marcos Roitman, *Tiempos de oscuridad. La historia de los golpes de Estado en América Latina*. Ediciones Akal, Argentina, 2013.

20 <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/12/05/mundo/trump-revive-la-doctrina-monroe-para-consolidar-la-hegemonia-de-eu-en-america-latina>

21 <https://www.dw.com/es/trump-anuncia-ataques-a-c%C3%A1rteles-que-controlan-m%C3%A9xico/a-75443317>

22 Ver, entre otras, las entrevistas de Lilly Téllez y Salinas Pliego a Fox News: <https://www.facebook.com/CodigoMagentaMx/videos/lilly-t%C3%A9llez-en-fox-news-es-absolutamente-bienvenida-la-ayuda-de-estados-unidos-/2189396624907285/> <https://www.youtube.com/watch?v=GHWmtTFmQzI>

Ultraderecha: dos o tres cosas que sé sobre ella

La ultraderecha, al igual que la derecha tradicional, cree que todas las desigualdades son naturales y que, por tanto, el Estado no debe hacer algo para reducirlas.

Empecemos por algunas definiciones. Primero: la ultraderecha, al igual que la derecha tradicional, cree que todas las desigualdades son naturales y que, por tanto, el Estado no debe hacer algo para reducirlas. Por eso no cree en los programas sociales. El pobre es pobre porque quiere o no sabe competir o es menos emprendedor. La mujer es violentada porque lo provoca y no puede decidir sobre su propio cuerpo. Los indígenas no han querido asimilarse al resto y por eso están marginados. Es decir, la derecha cree que las jerarquías sociales están bien como están porque son naturales. Que los ricos, varones, blancos, heterosexuales manden es la mejor sociedad posible porque, si ellos dominan, es porque son superiores a los demás. Cuando el Partido Acción Nacional (PAN) dice que reivindican “Libertad, Familia y Patria”, lo que están defendiendo es la libertad de que el Estado no intervenga en sus negocios, aunque sean ilegales, contaminen o enfermen, que la familia solo sea la de un hombre con una mujer y los hijos que les dé la suerte, y la patria de la Unidad Nacional, es decir, una donde no hay ricos ni pobres, ni patronos ni trabajadores, sino puros mexicanos. En otras palabras, libertad para unos cuantos, familia para algunos, y una Patria que no piensa en sus desigualdades ni actúa para dirimir las porque, de hacerlo, se divide y viene el caos.

Las elecciones ya no son como las de antes

Pero la ultraderecha va un paso más allá de la simple derecha porque, además, es anti-democrática. Como no procesa en las urnas y el debate lo que considera “natural”, como la desigualdad y la dominación sobre los inferiores, odia que el pueblo decida, es decir, a las mayorías, a las que considera ignorantes, manipulables

y caprichosas. Pero odia también a las minorías que, a su juicio, han ido ganando derechos que no les corresponden. Están en contra de los derechos de los géneros: mujeres o LGBT+. Están en contra de los derechos de los más pobres, los jóvenes, los ejidatarios, los pescadores, los olvidados en treinta años de neoliberalismo. Según ellos, los “ninis” o las que se embarazan, como dice la señora prianista, no deberían tener ninguna ayuda del Estado porque es su culpa su destino. A este desprecio a los vulnerables, sean jóvenes, mujeres, diversos en su sexualidad, le agregan la idea de que, para que haya justicia, no es necesario el Estado de derecho, sino el uso desproporcionado de la fuerza. Para ellos, los delincuentes deberían ser ejecutados sin investigación ni juicio alguno. La ultraderecha piensa que los pobres son culpables hasta que demuestren lo contrario, mientras que los ricos no solo son inocentes, sino que deben ser protegidos. Al no creer en el Estado porque nuestras desigualdades son naturales, la ultraderecha plantea un espacio de conflicto, no entre trabajadores y patronos, sino entre todos contra el Estado, al que llaman parásito porque cobra impuestos e invierte dinero público en los más vulnerables. Así, un empresario billonario como Salinas Pliego y un desempleado como asumo que eran los chavos que trataron de incendiar el Palacio Nacional y la Suprema Corte, ocuparían un mismo espacio político contra el malvado Estado, que no los deja ser libres. Pero hay algo más que agregar y es el uso de una retórica anti-progresista como si eso fuera rebeldía. La ultraderecha usa el lenguaje de odio, es decir, insulta a los grupos más vulnerables, para decir que habla con la verdad. De ahí que sea tan importante que los jóvenes sepan que apoyar a la ultraderecha no es ser rebelde sino regresar a las jerarquías de siempre que hicieron de México el país de unos cuantos.

Ahora bien, la opción ideológica que ha abrazado el PRIAN es la de la ultraderecha más dura que existe: es xenófoba y racista porque se concibe como una casta superior que es Todo México. Los pobres o los migrantes no son México. Los judíos no son México. Los morenos no son México. Ya desde el gobierno espurio de Felipe Calderón y García Luna, se asoció a las clases bajas con la criminalidad y la delincuencia. Ahora con la ultraderecha esa asociación se intenta contra un partido político, Morena. Por otra parte, el sesgo catolizante que viene desde la fundación del PAN en 1939, se ha exaltado sin vergüenza desde la candidatura de Xóchitl Gálvez cuando quiso monopolizar su contacto con el Vaticano, usó a ciertos curas odiadores, y hasta quiso apropiarse de la Virgen de Guadalupe. Una y otra vez acusaron el origen familiar de la entonces candidata de Morena, hoy Presidenta, para crear desconfianza y rechazo. Es la misma táctica de la ultraderecha trumpista insistiendo en que Barak Obama era árabe y no afroamericano.

Esa misma ultraderecha es, además de xenófoba y racista, antidemocrática porque piensa que, como la mayoría ha votado por Morena, la democracia ya no funciona y habría que reemplazarla por un organismo autónomo. La insistencia en tomar el Palacio Nacional es porque creen que una vez incendiado surgirá un gobierno alternativo de la nada o, de lo que es lo mismo, de una plataforma digital como X, donde sus bots dominan el ambiente. Es crucial entender esta diferencia entre un PAN que acudió a elecciones desde 1939 y solo falló cuando el Partido Revolucionario Institucional (PRI) propuso a José López Portillo en 1979, y este otro que reivindica una ultraderecha ideológica o “cultural” como ellos dicen, pero sostiene que no hay que convocar a la revocación del mandato de Claudia Sheinbaum sino incendiar el Palacio Nacional. Hay un cambio de eje que avisa su anti-democracia y su intención de usar la violencia para imponerse sobre una mayoría pacífica que hasta el momento tiene un partido como garantía de transformación nacional. Para el PRIAN ya no hay que llamar a elecciones sino al golpe de Estado.

El mérito del ya merito

Otro cambio de eje es el que tuvo el individualismo y el crédito meritocrático. El PRIAN ha logrado convertir

a ciertas personas en agentes políticos a partir de su aversión a la justicia social. Son personas que no creen en lo colectivo ni en la patria como expresión política de la ampliación de la democracia, y que, por el contrario, atribuyen alguna transformación en su existencia como algo que se debe exclusivamente a sus propios méritos. Quienes experimentaron alguna mejora en su estatus económico o educativo se hicieron renuentes a reconocer que esa mejora se debió a políticas públicas o a que el resto contrinuyó con su trabajo a que tuvieran esa nueva posición. La idea de que no le deben nada a nadie, que todo es por su propio mérito y esfuerzo, encubre un resentimiento contra los que obviamente tienen un programa social detrás y a la estructura del Estado, como ellos mismos, pero ya mucho más transparentemente. Los que sí reciben su ayuda a los cuatro vientos resultan los chivos expiatorios del rencor de una clase media que se convence todos los días de que lo suyo fue puro esfuerzo y talento, y no, como ocurre, basado en relaciones familiares, origen, educación privada, y oportunidades laborales por color de piel, clase social, género, y región geográfica. Al no reconocerlo se los niegan a los demás que se les aparecen como el doble, el espejo embrujado, de lo que saben que ocurrió. Para ellos, los derechos sociales son inmerecidos para sus beneficiarios y hasta una especie de competencia desleal para las clases medias abnegadas y cuya principal preocupación es que no los confundan con las clases bajas. No hay ahí una demanda o una indignación política. Es un rencor simbólico a lo que pensaron que eran sus vidas: ascender de clase social, blanquear a la descendencia, seguir siendo varones y mujercitas, y estar más ligados en la conciencia a McAllen o Miami que a su país y su interés general. Por eso no entienden la traición a la Patria que implica pedirle a Donald Trump que intervenga con los marines estadounidenses en nuestro país.

“No me representan”

El discurso que han querido utilizar, el despolitizado “no somos de izquierda ni de derecha” o el de “no somos de ningún partido” no solo es ridículo sino peligroso, porque, ¿quién o qué puede sustituir a un partido y su ideología en una democracia? Los poderosos de siempre. “No me representan” es la idea despolitizada de que la

representación política es como si uno, en lo personal, estuviera ahí y no, como es en una democracia, que nuestros representantes no nos representan en lo individual, sino en lo colectivo. De ahí el interés general, de la nación, o del futuro compartido. La contaminación que la sociología ha hecho de la política es, en menor escala, igual de perniciosa: tener representantes por grupo de interés o comunidad que solo ve por lo que tiene en sus proximidades le da a la política un carácter de reparto de recursos materiales y simbólicos. Lo que representan diputados y senadores no es a cada grupo con fuerza organizativa, sino algo que no es divisible y que se llama interés general. No es una suma de demandas, sino una idea de comunidad y de continuidad en el tiempo, en el futuro. Pero si creemos, como los estadounidenses, que todo es sociología y el marketing que la acompaña, lo que se representa acaba convertido en un lío de demandas, deseos, privilegios, y hasta quejas sin ton ni son. Ahí los que ganan son los poderosos lobbies corporativos, que le dan vuelta a la voluntad popular para satisfacer sus intereses privados. Bajando un escalón, ahora esta estudiante y muchos a quienes escucho todos los días decirse “apartidistas”, piensan que la política no es ni siquiera sociología sino terapia.

Imaginemos por un momento que no existieran partidos políticos, que son los que condensan las aspiraciones y miedos de las sociedades en principios, líneas de acción, métodos para decidir, y proyectos de nación. Y que, sin partidos, todas las acciones de política pública vinieran de la personalidad de alguien. Estaríamos hablando de un rey absolutista y sería un tanto teórico porque hasta esos tienen que tener algún tipo de legitimidad, eso que hace que los obedezcamos persuadidos de sus motivos. Los reyes caen también y, a veces, hasta les cortan las cabezas. O que las sociedades no se organizaran a partir de miedos y esperanzas colectivos, nacionales, en torno a un plan de gobierno para ser votado. ¿Qué sentido tendría ir a votar por alguien que no está pensando, deseando, temiendo lo mismo que tú, ese Yo en su infinita autodeterminación, apartado de las ideologías, manteniendo pulcro el arcón donde reside su conciencia moral, libre y distanciada?

El narcisismo digital se engaña en el espejo de la pantalla: es él, el espejo, el que media esa necesidad de reconocimiento permanente y ese usar a los demás como

vehículos de tu propia reflexión. No es el “yo” el que aflora sino una mediación que no se presenta como mediación y que es el Internet. Nada ahí es auto-expresión, sino trabajo para las corporaciones digitales y sus parámetros. Eso no tiene que ver con hacer política, pensar en los demás, imaginar una colectividad en el tiempo llamada nación, con sus formas de pertenencia y arraigo. Tiene que ver, más bien, con producirte a ti mismo, varias veces al día. Eso podría darte la impresión de soledad, de que nada a tu alrededor tiene algo que ver contigo, aunque se te presente como muy próximo. Pero la política no es terapia.

Los partidos políticos son instancias de mediación en las sociedades: ayudan a condensar posturas entre extremos, a convertir en lenguaje y normas objetos políticos que no son percibibles por nuestros sentidos como “soberanía nacional” o “justicia”. En el “no me representan” hay no representación posible porque se fantasea con una inmediatez que se revele como liberadora, auténtica, justa, espontánea, y no reprimida pero que, al mismo tiempo, deslegitima cualquier mediación. Lo inmediato es pura autoridad de la imagen digital de una persona que tiene una impaciencia por la intensidad y la certeza. La certeza no es inmediata como tampoco lo es la organización de personas reales en torno a unos principios e ideales colectivos. La presencia individual es imposible de representar porque es su contrario. Así, los que se dicen “apartidistas” en realidad están buscando que la política sea un nuevo espejo para su necesidad de validación. O, lo que es más común, son derechistas sin partido.

Dos palabras han desaparecido con este auge del apartidismo como vana neutralidad entre ideologías que ni siquiera conoce: militancia y mística partidaria. La primera se refería a entregar tiempo y esfuerzo para difundir ideas, datos, estados de ánimo con una postura política e ideológica clara, y la segunda era hacerlo a cambio de nada. Es una idea del sacrificio y de la entrega que está ya lejos de los actuales partidos políticos que son presas del cálculo costo-beneficio en un oficio que tiene una lógica distinta a la economía. Así, habría que reconstruir lo que es política. Y, por supuesto, no es ni sociología, ni economía, ni terapia. No sirve para tus intereses particulares, ni para tus cálculos egoístas, y no te va a decir quién eres. ➡

Adiós a la patria generosa

¿Ha vuelto Acción Nacional a su raíz nazi?

**La frase de presentación del panismo es ahora
“Patria, Familia, Libertad”, tres palabras que, juntas,
denotan una orientación fascista.**

Aunque en los hechos el Partido Revolucionario Institucional (PRI) abandonó hace décadas cualquier afinidad, por remota que fuera, con la socialdemocracia, en las formas no fue sino hasta hace unas semanas que la Internacional Socialista expulsó de su seno al rescoldo venido a menos de ese partido. De igual manera, el Partido Acción Nacional (PAN) renunció a sus coqueteos con la democracia cristiana desde que Carlos Salinas y Diego Fernández de Cevallos echaron los cimientos del PRIAN, tras el fraude de 1988, si bien su lema de reminiscencia socialcristiana (“Por una patria ordenada y generosa”) perduró hasta finales de 2024, aunque con un agregado oportunista de última hora: “... y una vida mejor y más digna para todos”¹. La frase de presentación del panismo es ahora “Patria, Familia, Libertad”, tres palabras que, juntas, denotan una orientación fascista.

“Dio, Patria, Famiglia”, era una consigna muy usada por el régimen de Mussolini, y Giorgia Meloni la revivió en 2019 en su propaganda electoral². “Travail, Famille,

Patrie”, fue la rúbrica del régimen que el mariscal Pétain, marioneta de los nazis, estableció en Vichy tras la derrota de Francia a comienzos de la Segunda Guerra Mundial³ –en contraposición al lema republicano tradicional: “Liberté, Égalité, Fraternité”– y la usan ahora los diputados de VOX⁴. “Deus, Pátria e Família”, fue la divisa del Estado Novo, como se denominó a sí misma la feroz dictadura salazarista en Portugal (1932-1974)⁵. De este lado del océano, esa misma trinidad fue exaltada a partir de 1932 por la organización nazi Ação Integralista Brasileira, y décadas después la retomó Bolsonaro en su fallido intento de reelección de 2023.⁶ “Vida, propiedad y libertad”, proclama Ricardo Salinas Pliego⁷, y Eduardo Verástegui la enriquece así: “Dios, Patria, Vida, Familia y Libertad”⁸, al poner los ojos en blanco ante la aparición de Javier Milei, quien a su vez vocifera con ojos de loco: “¡Viva la libertad, carajo!”⁹.

Veamos la serie completa de vocablos –y de los valores que representan en el discurso de las ultraderechas: Dios, Patria, Familia, Libertad, Trabajo, Vida.

1 <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/12/08/columnas/nosotros-ya-no-somos-los-mismos-17378>

2 <https://www.theguardian.com/world/commentisfree/2022/sep/24/giorgia-meloni-is-a-danger-to-italy-and-the-rest-of-europe-far-right>

3 <https://www.eduardomontagut.es/mis-articulos/historia/item/1377-%E2%80%99Ctrabajo,-familia-y-patria%E2%80%99D.html>

4 <https://x.com/Jorgebuxade/status/1296551481773039621>

5 <https://expresso.pt/revista/culturas/exposicoes/2022-09-02-Adeus-Patria-e-Familia-a-resistencia-a-repressao-da-homossexualidade-em-Portugal-8b595332>

6 (<https://noticias.uol.com.br/eleicoes/2022/08/29/deus-patria-familia-lema-de-bolsonaro-tem-origem-fascista-entenda.htm>)

7 <https://x.com/Ricardobsalinas/status/1991337094250188981>

8 <https://x.com/everastegui/status/1750029141875757146>

9 <https://www.tiktok.com/@javiermilei/video/7470996239979531525>

Dios no es una referencia teológica, sino la reivindicación de la Iglesia católica como institución y como sujeto de autoridad (no por nada la frase rebota entre Francia, Portugal y Brasil, tres países mayoritariamente católicos); la jerarquía clerical y la obediencia a ella son la manera de perpetuar la obediencia

Patria tiene una connotación nacionalista de corte regresivo y reaccionario; no tiene nada que ver con los nacionalismos emancipadores de América Latina y África. En cambio, posee mucho en común con los reclamos que en Europa desembocaron en la conformación de los gobiernos fascistas. Patria es, también, la justificación suprema del autoritarismo, la represión, la censura y la supresión de derechos individuales y colectivos.

Familia es el espacio de la autoridad patriarcal, de la defensa de los valores tradicionales, del sometimiento de las mujeres y los menores al despotismo del macho y de la negación de cualquier diversidad sexual; es la primera escuela de antidemocracia, imposición y manipulación; se concibe, además, como la manera por excelencia de “hacer patria”, es decir, como una fábrica de población; antes que un ámbito de afectos y de cuidados, es un sistema de gestión de autoridad y propiedad.

En la mentalidad de las derechas, la libertad no es un derecho universal de los individuos y los colectivos, sino la procuración de una jungla económica – “desregulación”, le llaman también– en la que resulten lícitos casi todos los medios de acumulación y enriquecimiento, incluida la conformación de monopolios, la supresión de derechos de trabajadores y consumidores, la despenalización de delitos financieros y presupuestales, la normalización de los conflictos de interés e incluso el fraude y la evasión fiscal. En esta acepción tan adulterada, la libertad es la condición que permite sustraer sumas astronómicas del erario por medio de la corrupción, timar a compradores y engañar a autoridades para establecer un cártel inmobiliario o eludir el pago de decenas de miles de millones de pesos. A esa libertad no puede acceder cualquiera: se requiere ostentar el poder político

suficiente, contratar poderosos despachos contables y de abogados, tener los fondos requeridos para sobornar a jueces y autoridades ministeriales y convertir a los medios informativos en maquinarias propagandísticas de lavado de imagen.

En este contexto, el trabajo no es un mecanismo de realización personal, y menos un asunto de derechos (laborales), sino una herramienta de enriquecimiento patronal y de control político corporativo; exaltar la entrega de los trabajadores a sus tareas es una forma demagógica, pero eficaz, de disfrazar la explotación.

Vida es un agregado oscurantista y misógino para referirse a la negación del derecho de las mujeres a decidir, en tanto que propiedad es la defensa a ultranza de la concentración de riqueza, del libertinaje empresarial y de un pretendido derecho absoluto del propietario privado, por encima del interés público, las necesidades nacionales y los derechos de otras personas.

De esas seis adulteraciones semánticas del discurso ultraderechista, Acción Nacional escogió tres para componer su nuevo lema. ¿Significa eso que el partido recupera la raíz fascista que le fue evidenciada hace unos años?¹⁰

No necesariamente. Hay que considerar que el PAN lleva varios años de practicar un travestismo ideológico que ha terminado por diluir toda traza de su ideología original. Por mera conveniencia electorera y por su obstinación en llevar a cabo una oposición sin contenido, se ha presentado como feminista, como indigenista, como ambientalista y como derechohumanero; sus dirigentes son capaces de denostar un día al gobierno por no someterse a los chantajes de Washington y al día siguiente, por pretendidas actitudes entreguistas; en las legislaturas votan en contra de los derechos, pero en los mítines se presentan como defensores y promotores de ellos.

Me parece que el cambio de la divisa panista es simplemente un ensayo más de *branding* electoral, así como una rústica imitación de las más o menos exitosas derechas extremas en otras latitudes: si Meloni, Bolsonaro y el partido español vox recuperan y normalizan el viejo

10 Rafael Barajas, *El Fisgón: La raíz nazi del PAN*, Ed. El Chamuco y los Hijos del Averno, México, 2014.

discurso fascista, ¿por qué no habría de hacerlo la derecha aborígen mexicana? Pero esa imitación no es reflejo de una reelaboración programática sino un chapoteo reflejo en las aguas del naufragio electoral, así como un acatamiento de lineamientos de *marketing* político emitidos desde los cónclaves de pensamiento ultra reaccionario de Estados Unidos y España, los cuales tienen a bien conocidas correas de transmisión hacia México en medios, empresarios y figuras políticas vernáculos.

No es probable que el nuevo lema de Acción Nacional resulte funcional en el contexto mexicano contemporáneo. Para una sociedad que aprueba por

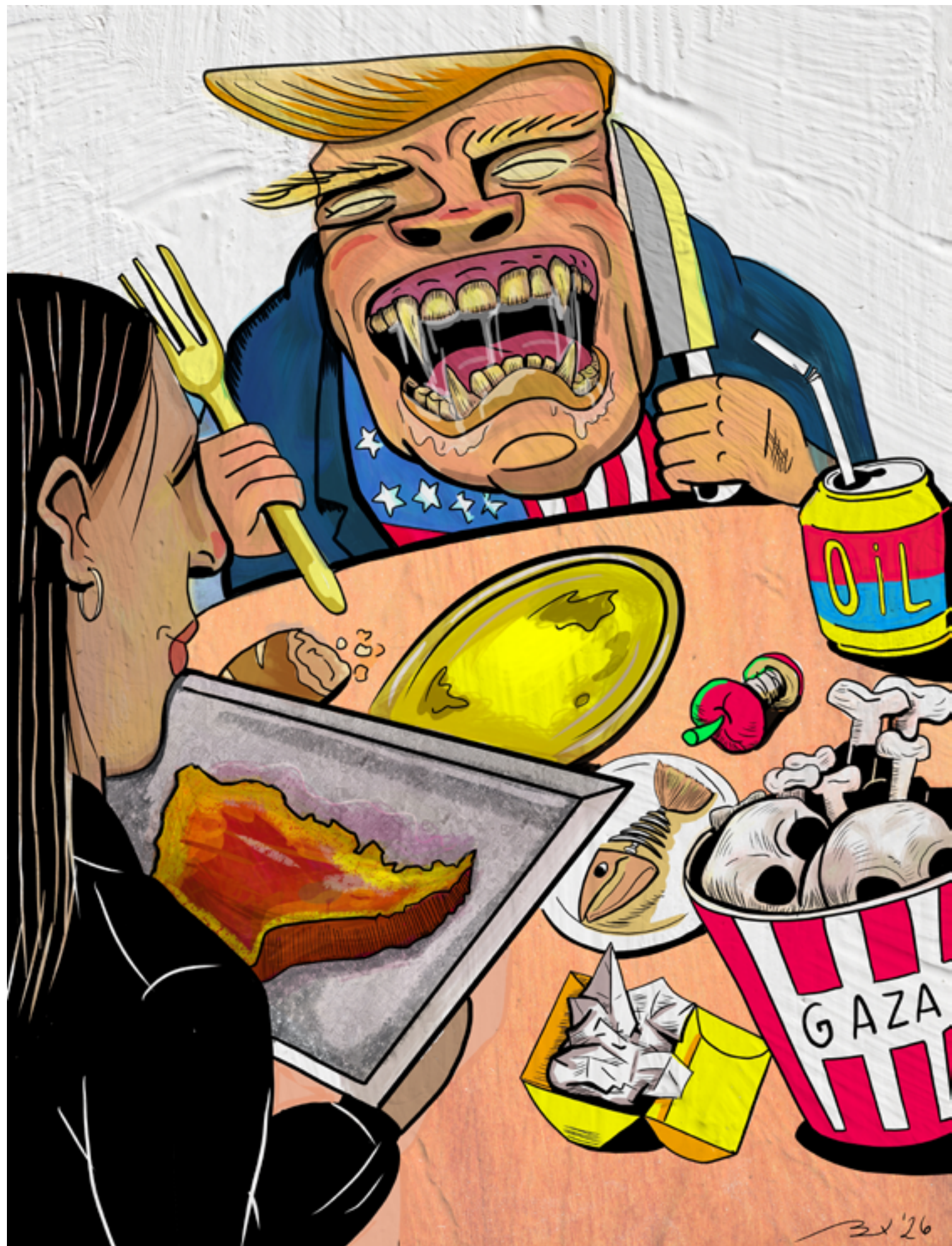
abrumadora mayoría el proceso transformador en curso en el país, la patria es el espacio que se defiende, no el que se entrega, como lo entregaron un presidente y un usurpador panista en el pasado reciente; la familia es un ámbito para construir bienestar y practicar la solidaridad, no el corral autoritario, patriarcal y opresivo con el que sueña el pensamiento cavernario; la libertad es el ejercicio de derechos individuales y colectivos, no el permiso para robar, privatizar y explotar al prójimo con el que sueñan los ultraliberales. Hay, en suma, un grotesco divorcio entre los significantes del *branding* panista y los significados que alientan a la transformación mexicana. ➡

Ultraderechas: servilismo y agresión imperialista

México, un bastión de resistencia*

El cierre del 2025 ya pintaba un panorama, en lo que concierne a lo político-electoral, que revelaba números de una creciente tendencia por favorecer opciones políticas de derecha e incluso de ultraderecha.

* Este texto es un extracto de un trabajo más amplio correspondiente a una investigación que el autor desarrolla en la Universidad Complutense de Madrid, y recibe un apoyo de UNAM PASPA-DGAPA, enero de 2026.



Hace algunos años, en abril de 2019, durante la presentación del libro de Atilio Boron sobre Vargas Llosa,¹ conveníamos con el politólogo argentino, en la necesidad de no desatender sino tal vez fortificar la tarea —desde el pensamiento crítico de izquierdas— de pensar con seriedad, críticamente y en profundidad, el pensamiento conservador o de derechas. Se trata de una cuestión en la que, a su modo, insistiera también, en su momento, el pensador británico Perry Anderson, quien ya nos advertía en una de sus obras sobre “la tendencia natural de cada familia política a interesarse más por su propia especie que por extraños o adversarios. El celo polémico puede provocar una fijación con la otra orilla, u orillas de intención puramente hostil ... [añadiendo también otro efecto]... una versión erudita de la atracción hacia los similares ... puede provocar un estrechamiento del horizonte”.²

Pero, tan importante como lo señalado por Anderson, sería el descuidar la actualización al interior de tales tradiciones: los recambios y reestructuraciones de sus conceptos, así como las mudanzas de énfasis que también implica el traspaso de principios y planteamientos entre disciplinas, que acompaña al proceso de subdivisión e hibridación dentro de los frentes ideológicos, ocasionado por desprendimientos no necesariamente menores, de lo que son sus ramas o raíces más firmes.

Con los sucesos que venimos presenciando en apenas el comienzo de 2026, ese propósito revela toda su importancia. El cierre del 2025 ya pintaba un panorama, en lo que concierne a lo político-electoral, que revelaba números de una creciente tendencia por favorecer opciones políticas de derecha e incluso de ultraderecha. Este comportamiento se evidenció, por ejemplo, en Argentina, donde el partido de Javier Milei ganó las

elecciones legislativas federales, con un claro involucramiento del presidente estadounidense Donald Trump, quien amenazó con que, si no se votaba de ese modo, no se le canalizarían recursos al gobierno argentino por 20 mil millones de dólares.

Meses después, se consumó el fracaso de la opción política “progresista” en Chile, pues, con el agregado de yerros por Gabriel Boric, a la cabeza del Ejecutivo, quedó muy cuesta arriba la posibilidad de disputarle el triunfo a un declarado candidato pinochetista. El próximo gobierno en ese país lo encabezaría José Antonio Kast, quien ganó con holgura.

La tendencia y el injerencismo de Trump no se detuvieron ahí, ya que volvieron a manifestarse en el caso de Honduras, mediante dos acciones interconectadas. Primero, al indultar al expresidente Juan Orlando Hernández (gobierno de 2014 a 2022), ya había recibido sentencia por cargos de narcotráfico por parte del Departamento de Justicia de Estados Unidos. Segundo, al inmiscuirse en la elección presidencial de hace un par de meses, declarando reiteradamente que lo mejor para ese país centroamericano era elegir al candidato afín a la fuerza política de Juan Orlando Hernández. En efecto, resultó ganador el candidato del conservador Partido Nacional de Honduras (PNH), Nasry “Tito” Asfura, opción política con la que —afirmaba el presidente de la Unión Americana— se habría de poder “trabajar”, lo que en los hechos quiere decir que hará lo que se le ordene desde Washington.

Pintar de los colores de la derecha a un mayor número de países de Sudamérica ya parecía allanar el camino a políticas que pudieran dar un mayor vuelco y establecer un cerco a los países que, a Trump y al gobierno estadounidense, le parecerían como problemáticos o insuficientemente afines a sus dictados. Para el caso del Cono Sur, en esa situación se señalaban a Venezuela, Brasil

1 Boron, Atilio. El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina, Ciudad de México: Akal, 2019. Colección Inter Pares.

2 Anderson, Perry. Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas. Madrid: Akal, 2008. Colección Universitaria, pág. 7.

y Colombia. Cabe mencionar que este último tendrá elecciones en junio próximo y que ya se espera, e incluso se da por descontada, la injerencia de la máxima autoridad y otras agencias de los Estados Unidos para debilitar al Pacto Histórico, alianza política que llevó al gobierno a Gustavo Petro.

Por encima del cinturón centroamericano se encuentra, en situación de “amenaza”, el Gobierno mexicano, en su segundo periodo de la Cuarta Transformación, encabezado por Claudia Sheinbaum Pardo. Sin embargo, es probable que se haya considerado que ese plan se traduciría en resultados en un plazo mayor al que los sectores de poder en Estados Unidos estaban dispuestos a esperar, y se optó, en su lugar, por Venezuela. En la madrugada del 3 de enero del 2026, Donald Trump decidió violentar las normas establecidas por el Derecho Internacional: bombardeó Caracas, secuestró al presidente Nicolás Maduro y a su esposa, legisladora en aquel país, Cilia Flores, y afirmó, sin ambages, que lo hacía para apoderarse del petróleo y asegurarse las mayores reservas de hidrocarburo en el mundo entero. Ya engolosinado, Trump se ha declarado en redes sociales como presidente interino de Venezuela.

El frente de tensión que Trump fue abriendo en el Caribe desde inicio de su segundo mandato —reclamando la devolución del Canal de Panamá, asumiéndolo como suyo— y luego la escalada, desde agosto pasado con la presencia militar y un gran despliegue de efectivos y dispositivos de combate; el bombardeo de lanchas en el Caribe y en el Pacífico; el asesinato de sus tripulantes (más de cien vidas, por las que no ha rendido cuentas); los actos de piratería³ para robar buques de la denominada “flota fantasma” y apoderarse del petróleo venezolano, que ya había sido vendido y pagado: todos estos elementos fueron clarificando que, en el período inmediato, la

confrontación geopolítica con China, operaría ciertas señales desde el Gran Caribe.

Y, en efecto, la estrategia escaló hasta la ejecución de una acción militar quirúrgica por parte de la *Delta Force*, con el uso de las más refinadas tecnologías digitales y de comunicación —indicadores de calor, fluido eléctrico, plataformas, tecnologías sónicas y bancos de datos, reproducción hologramática de instalaciones, entre otras— con intenciones securitarias y militares, haciendo evidente también el sentido de la alianza del trumpismo con los grandes barones, dueños y creadores de las nuevas tecnologías electroinformáticas.

Con el ingreso a esta fase, no se dudará en usar el diferencial de poder militar sobre nuestra región con tal de hacer efectivo —y obtener dividendos— el espíritu neomonroísta que campea en su “Estrategia de Seguridad Nacional 2025”. Ello muestra que la crisis de la economía estadounidense es muy profunda y ha de tratar de sortearse, como ya se ha hecho antes, mediante el arrebato de nuestros recursos.

Cuánta razón tenía Eduardo Galeano cuando afirmaba que la clave de la maldición que se cierne sobre las regiones periféricas del mundo son precisamente las dotaciones de recursos con que la naturaleza las proveyó, puesto que es de ahí de donde se sacia la sed de sangre que sostiene —como a un vampiro— a los beneficiarios del sistema capitalista-imperialista mundial. La clase de los poderosos hunde sus colmillos sobre “las venas abiertas de América Latina” ... y del Caribe, bajo una lógica prístina y transparente: “nuestra riqueza ... para alimentar la prosperidad de otros”.⁴

Esta no fue solo una acción dirigida contra Venezuela, sino que establece el rumbo y perfil de la relación con toda América Latina y el Caribe. De ahí que, en la desmesura de Trump y de Marco Rubio, su secretario de

3 Como hace unos años Estados Unidos había procedido, bajo el gobierno de Joe Biden y con la complicidad u omisión del gobierno argentino del “progresista” Alberto Fernández y, por supuesto, de Javier Milei, con el avión venezolano incautado (en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza en Buenos Aires, Argentina) y que luego fue finalmente destruido en un aeropuerto de Miami.

4 Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI editores, 2004, pág. 16.

Estado, pareciera que se ha trazado una meta cargada de simbolismo: debilitar y castigar aún más la economía cubana, para luego presentarse como los artífices —si es que lo logran— del cierre de todo un ciclo histórico iniciado en 1959. Por ello, Trump ha declarado que si Cuba ha resistido lo ha hecho por el flujo del crudo, mayormente proveído desde tiempos de Chávez por Venezuela, y que ahora ese país —o quien lo administra, es decir, él mismo— le cortará el suministro, haciendo más dramática la supervivencia de las y los cubanos.

También ha vertido amenazas de represalia a quien continúe enviando petróleo a la isla; el país que vendría cumpliendo ese papel no es otro sino México, estableciendo así otro punto para futuros diferendos.

Con todo esto, el poder se ha demostrado tal cual es, sin tapujos ni mediaciones: no hay tal “Cártel de los Soles”, como tampoco antes hubo “armas de destrucción masiva” en Irak, ni la problemática de Venezuela tenía que ver con cuestiones de democracia o de derechos humanos, sino con los intereses sobre el crudo de las grandes compañías petroleras y con la posesión de las reservas para sustentar la calificación accionaria de grandes volúmenes de capital ficticio sobre los que se sostiene la economía estadounidense.

Ya lo advertía, muy al inicio del segundo mandato, un especialista en cuestiones internacionales: “la vuelta de Trump al poder implica ... un gran aliento para esa gran red de gobiernos, fundaciones y organizaciones de la ultraderecha neoliberal, xenófoba, misógina, homófoba, negacionista y autoritaria, de rasgos fascistoides, que cada vez se expande más a nivel mundial”.⁵ Su papel como referente de la *alt-right* o derecha alternativa quedaba corroborado, y su megalomanía lo lleva hoy a transparentar su ambición de erigirse en emperador o rey, más que en presidente o mandatario con poder.

La nueva situación trajo otro efecto: la liquidación del sistema internacional regido por reglas. Se ha pasado a otra fase, en la que no hay regulación alguna, al menos para Trump, quien sostiene que sus políticas solo responden a su opinión y a su autorregulación moral, si es que eso existe, alojado en lo más remoto de su juicio interno.

Con un panorama como este, sin duda, pueden envalentonarse los sectores políticos de las derechas de nuestros países, ya que creen poder potenciar sus alcances mediante la disposición a cumplir un papel servil a los mandatos del gobernante que controla el mayor arsenal del planeta.

Con ello también revelan su papel dentro de una estructura piramidal en la que se despliega el proyecto de la derecha o la ultraderecha. Este proyecto se articula desde los centros de poder y, hoy, en el marco de una economía del conocimiento, también desde los centros productores de tecnologías —digitales y militares, toda una ciencia orientada a la destrucción— y desde los polos innovadores de nuevos materiales, beneficiarios del rentismo y de condiciones monopólicas.

Es desde esos espacios que el proyecto se irradia hacia las periferias. Por ello, se descomponen las unidades geográficas y ya no buscan entenderse con países, sino con enclaves o zonas dotadas de recursos. De ahí su pretensión de reconvertir todo el escenario mundial: en él, ya no serían determinantes los estamentos asentados en países que antes resultaban más decisivos, como ocurre en Europa, donde varios Estados van encontrando su lugar como formaciones sociales semiperiféricas.

Mucho menos cuentan los esbirros de países como los nuestros, con clara vocación periférica y un alto inconsciente colonial. Esos sectores conservadores, tanto de la derecha tradicional como de los enclaves más radicalizados de las llamadas “nuevas derechas”, continúan desempeñando cómodamente un papel secundario y subordinado, haciendo el juego y cumpliendo la función que se les asigna en el relanzamiento del programa posfascista.

Eso pudo haberse desvelado con claridad en el caso de México, con voces ya suficientemente conocidas y desacreditadas demandando la intervención de fuerzas y poderes foráneos, en especial del gobierno estadounidense. Esos sectores de la derecha vernácula no requieren seguir un programa ni tomarse el tiempo de elaborarlo: siguen ya un guion que les es suministrado por los grupos de poder que sí aspiran a conducir el proceso.

5 Montoya, Roberto. Trump 2.0, Madrid: Akal, 2025, pág. 22.

El ideario de la derecha históricamente ha estado dirigido a contrarrestar toda política que atienda los problemas sociales con formulaciones de una normatividad reconocida como derechos sociales y de pretensión universal. No reniegan del gobierno, puesto que quisieran ponerlo a su servicio, pero detestan que este se ocupe de apuntalar condiciones dirigidas a asegurar la igualdad.

Por ello, en México reniegan de un proyecto que busca tomar distancia de un régimen de privilegios que se expresa en relaciones sociales racistas, clasistas y machistas. Precisamente por eso —y siendo este uno de los ejes determinantes del segundo piso de la Cuarta Transformación— el papel de nuestra nación queda subrayado como bastión de una resistencia necesaria: la de

una política que tiende la mano a quienes se encuentran en situación de mayor desventaja —“primero los pobres y abajo los privilegios”— y no la de una política que busca aniquilarlos, como ocurre en los fascismos y en el proyecto genocida del Estado sionista de Israel contra el pueblo palestino.

El de nuestro país es un proyecto que, en medio de tanta deshumanización, no duda en reivindicar el lugar del llamado “humanismo mexicano”. Por esta razón, también erige un dique simbólico —pero efectivo— frente al avance de una derecha renovada, igualmente catastrofista, aceleracionista, distópica y apocalíptica: distintas caras de un mismo monstruo cuyo análisis, no obstante, habrá de reservarse para un trabajo futuro. ←

La cruz, la bandera y el abandono: anatomía del auge de MAGA

Donald Trump terminó remedando a Reagan: *Let's make America great again* (Hagamos a Estados Unidos grande otra vez) fue el lema de campaña de este último en 1980.

En 1630, apenas una década después del arribo del barco *The Mayflower* a las costas de lo que habría de convertirse en la colonia de Massachusetts, el predicador puritano John Winthrop afirmó que los asentamientos en la Nueva Inglaterra debían ser como “una ciudad sobre una colina”, dado que “los ojos de toda la gente están sobre nosotros”. Tal afirmación grandiosa representó el punto de partida de una expansión mesiánica hacia el occidente que, con base en una serie de avivamientos religiosos llamados los Grandes Despertares, vería el genocidio de los pueblos indígenas y el robo casi total de sus tierras, junto con, por supuesto, más de la mitad del territorio mexicano.

Precisamente 250 años después, el candidato del Partido Republicano a la presidencia de Estados Unidos, Ronald Reagan, retomó las palabras del predicador en su discurso de cierre de campaña. “He citado en más de una ocasión las palabras de John Winthrop a lo largo de la campaña de este año”, dijo el candidato, “porque creo que los estadounidenses de 1980 están tan comprometidos con esa visión de una ciudad resplandeciente sobre la colina como lo estuvieron aquellos colonos de antaño”.

La hábil referencia de los redactores de discursos de Reagan no fue nada accidental, dado que su elección como presidente marcaría el punto alto de otro “despertar”, alimentado por una nueva generación de predicadores como Billy Graham, Jerry Falwell y Pat Robertson; organizaciones como la Moral Majority y la Christian Coalition, que movilizaban el voto evangélico conservador; la Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC), cuya función era convertir esta flamante alianza religioso-política en una ideología ganadora; y, a partir de

1981, la Red Atlas, orientada a formar cuadros y exportar esta fórmula al resto del mundo. Esta nueva mancuerna oligárquica-evangélica, al unir al electorado tradicional de los republicanos con una infusión de votantes motivados por temas sociales (aborto, oración en las escuelas, a favor de la familia tradicional y en contra de los derechos de los homosexuales), habría de dar la estocada final a la coalición del Nuevo Trato, ensamblada por las reformas del presidente Franklin Roosevelt, que había dominado el escenario político durante las cinco décadas anteriores.

Entender esta historia es crucial para captar el fenómeno *Make America Great Again* (MAGA). De hecho, tal como Ronald Reagan remedó a John Winthrop, Donald Trump terminó remedando a Reagan: *Let's make America great again* (Hagamos a Estados Unidos grande otra vez) fue el lema de campaña de este último en 1980. Como los puritanos originales —cuyo nombre derivaba del deseo de purificar la Iglesia de Inglaterra y la sociedad corrompida que, según ellos, esta había propiciado—, el germen de MAGA era igualmente purificador: regresar el país a una mítica grandeza anterior que antedatara a izquierdistas, pacifistas, feministas, homosexuales, jipis, académicos decadentes, proponentes de corrección política y, sobre todo en la reiteración trumpiana, migrantes. Donde el racismo se mantenía velado en época de Reagan, evocado por medio de una política de guiños llamado *dog-whistle politics* (por el silbato que solo los perros pueden escuchar), con Trump ese substrato se tornó mucho más visible y evidente. Tal como ocurrió en muchos otros casos, desde la política económica hasta la exterior.

Pero MAGA —ni la versión de Reagan ni la actualizada de Trump— no surgió de la nada, sino de un contexto muy específico que habría de alterar el rostro del país

para siempre. En pleno boom económico, con una amplia clase media y una cobertura sindical que llegó a abarcar una tercera parte de la fuerza laboral, Estados Unidos empezó a desindustrializarse. A partir de los años sesenta, pero con una rápida aceleración en los setenta y ochenta, la clase capitalista estadounidense deslocalizó su base manufacturera en América Latina, en Asia, o en donde fuera que pudiera conseguir mano de obra barata, gobiernos maleables y normas laxas. El efecto fue devastador para comunidades a lo largo y ancho del país, que se vieron obligadas —ya para los años noventa— a tragar el discurso hueco de la globalización y la prosperidad que llegaría si solo pudieran asumir la responsabilidad de mudarse a otra ciudad o volver a capacitarse y aprender a escribir código.

Y en ausencia de un movimiento político que pudiera canalizar las legítimas exigencias de la clase trabajadora —pues las cazas de brujas posteriores a las dos guerras mundiales habían eviscerado la izquierda histórica—, la ira, el resentimiento y la sensación de abandono generados solo estaban esperando ser transformados en un giro hacia la religión (otro más en una larga historia de despertares) y en un odio hacia quienes “les estaban robando el trabajo”. Ya en 1982, el cantautor Billy Joel estaba retratando uno de tantos de aquellos lugares: la ciudad de Allentown, Pennsylvania, antes cuna de la industria del acero:

Aquí vivimos en Allentown
y están cerrando todas las fábricas.
Allá en Bethlehem matan el tiempo,
llenando formularios, haciendo fila.
Nuestros padres pelearon la Segunda Guerra Mundial,
pasaban los fines de semana en la costa de Jersey.
Conocieron a nuestras madres en la USO,
les pidieron que bailaran, y bailaron lento...
Aquí estamos esperando en Allentown,
pero ya sacaron todo el carbón de la tierra.
Y la gente del sindicato se fue arrastrando.
Cada chico tenía una oportunidad bastante buena
de llegar al menos tan lejos como había llegado su viejo.

Pero algo pasó en el camino hacia ese lugar:
nos tiraron una bandera estadounidense en la cara.

“La codicia es buena”, afirmó cinco años después el personaje de Gordon Gekko en la película *Wall Street*. Y aunque la cinta de Oliver Stone fue concebida como crítica, una generación de estadounidenses ambiciosos tomó la máxima al pie de la letra. Desprovisto de su base manufacturera, el país se volteó hacia la financiarización, la bursatilización y la especulación, inflando burbujas en vez de producción, saqueando los activos de empresas existentes en vez de invertir en iniciativas nuevas, generando descomunales ganancias con instrumentos financieros cada vez más ininteligibles y revendiendo paquetes de hipotecas impagables como papa caliente. Todo este castillo de naipes —producto de una generación de liberalización, desregulación y redistribución regresiva de la riqueza propiciada por la llamada economía del goteo— se derrumbó con el colapso de 2008 y su correspondiente rescate bancario.

La crisis proporcionó una última oportunidad para poner freno al deterioro. Como respuesta a ella y a la impopular guerra contra Irak lanzada por el gobierno de George W. Bush, la elección de ese año vio la victoria de un carismático y elocuente senador de nombre Barack Obama, el primer presidente afroamericano en la historia de la nación, junto con amplias mayorías para su Partido Demócrata en ambas cámaras del Congreso. Pero, en lugar de castigar a los banqueros que llevaron la economía al desastre mientras se pagaban bonos millonarios, Obama los protegió. “Mi gobierno es lo único que se interpone entre ustedes y las horcas”, les advirtió en una reunión en la Casa Blanca. Decepcionados e indignados a partes iguales, los votantes propinaron a los demócratas una derrota aplastante en las elecciones intermedias de 2010. Aunque Obama habría de ganar la reelección posteriormente, la ventana para efectuar las profundas reformas necesarias había cerrado.

Otra flama de esperanza surgió con la campaña insurgente del senador independiente Bernie Sanders en 2016; en aquella ocasión, sin embargo, fue el mismo Partido

Demócrata el que se encargó de sofocarla. Para ese entonces, la condición de los “dejados atrás” solo había empeorado. “Mis familiares en Maine son deplorables”, escribió el periodista Chris Hedges dos semanas después de la primera elección de Donald Trump, retomando el término con el que la candidata Hillary Clinton se había referido a los partidarios de este. “No puedo escribir en su nombre. Puedo escribir en su defensa”. Hedges siguió:

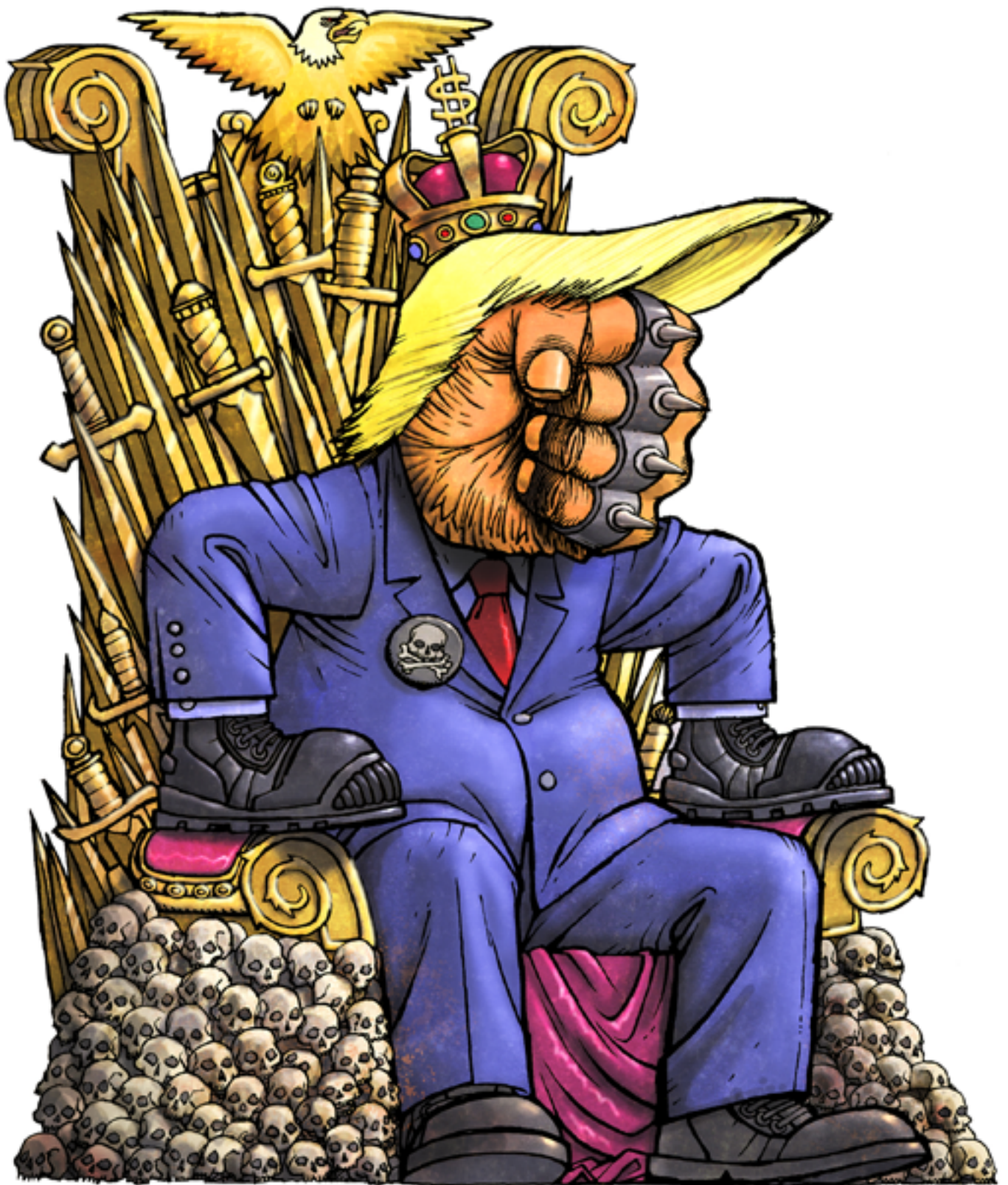
Viven en pueblos y aldeas devastados por la desindustrialización. El banco de Mechanic Falls, donde vivían mis abuelos, está clausurado, al igual que casi todas las tiendas del centro. La fábrica de papel cerró hace décadas. Hay un club de striptease en el centro del pueblo. Los empleos —al menos los buenos— han desaparecido. Muchos de mis familiares y sus vecinos trabajan hasta 70 horas semanales en tres empleos de salario mínimo, sin prestaciones, para ganar quizá 35 000 dólares al año. O no tienen trabajo alguno. No pueden costear una cobertura de salud adecuada bajo la estafa del Obamacare. El alcoholismo es rampante en la región. La adicción a la heroína es una epidemia. Los laboratorios que producen la droga callejera metanfetamina constituyen una industria artesanal. El suicidio es frecuente. La violencia doméstica y la agresión sexual destruyen familias. La desesperación y la ira entre la población han alimentado un racismo, una homofobia y una islamofobia incipientes, y nutren el veneno latente y siempre presente de la supremacía blanca. También alimentan el pensamiento mágico que venden los estafadores de la derecha cristiana, las loterías estatales que esquilman a los pobres, y una industria del entretenimiento que noche tras noche exhibe en las pantallas de televisión visiones de Estados Unidos y de un estilo de vida —The Apprentice lo ejemplificó— que fomentan sueños inalcanzables de riqueza y celebridad.

No es casualidad que tanto Mechanic Falls, Maine, como Allentown, Pennsylvania, hayan votado por Trump ese año. De hecho, el estado de Pennsylvania fue uno de los decisivos en un sistema electoral anticuado y

contramayoritario que favorece a la derecha: por el minúsculo margen de 48.18 % a 47.46 %, entregó sus veinte “votos electorales” al candidato republicano. A nivel nacional, cuatro de cada cinco evangélicos votaron, a su vez, por Trump.

Y aquí —salvo un interludio ineficaz y genocida de Joe Biden— nos encontramos. Como dice Hedges, la cultura de la desesperación arriba descrita ha fomentado una fusión entre la bandera estadounidense y la cruz cristiana, entre el Juramento a la Bandera y el Padrenuestro, entre la iconografía y los símbolos del Estado estadounidense y los de la religión cristiana. Para los observadores externos, una identificación semejante —y herética, dirían muchos— podría resultar desconcertante. “Pero no es”, concluye, “un movimiento anclado en la realidad”.

El triste —y trágicamente evitable— auge de MAGA en Estados Unidos constituye un relato aleccionador. Sería fácil razonar que comunidades abandonadas y empobrecidas optarían naturalmente por una figura de izquierda en lugar de un oligarca, un estafador, un embustero o un bancarrotista en serie. Pero sin un proyecto alternativo, en ausencia de un trabajo territorial que forje y disemine una propuesta de este tipo, y a falta de liderazgo para llevarla acabo una vez formulada, no ocurre así. Como muchos países han comprobado —no solo Estados Unidos— en la política no hay nada automático ni inevitable. Llamar a los votantes deplorables, o racistas o xenófobos u homófobos (aunque lo sean) desde los barrios privilegiados tampoco representa un sustituto de un programa real. En tiempos de crisis —real o percibida— la gente puede unirse en una causa común o, con la misma facilidad, fragmentarse en culpabilizaciones, chivos expiatorios, y un nacionalismo y una religiosidad exclusivos, sobre todo, cuando el poder económico y mediático de los poderes fácticos siempre inclina la balanza a favor de la segunda opción. En cuanto a Estados Unidos, desde su púlpito fantasmal, el predicador John Winthrop sigue persiguiendo a su población hasta el día de hoy. ◀



RICARDO PELÁEZ

EL “MAGA” trumpista y el nuevo macartismo post-soviético

Desde 1954, el anticomunismo, bajo la coartada de proteger a Latinoamérica de una “amenaza externa soviética”, perpetró diversas asonadas militares, represión, violación de derechos humanos, y fue la seña de identidad de casi todos los Estados de la región.

El periodista e historiador Larry Tye publicó en 2020 una monumental, acuciosa y rigurosa biografía del político estadounidense Joseph McCarthy, puntal de la Guerra Fría en el siglo pasado norteamericano. El voluminoso e importante texto, sin embargo, contrasta con el breve título que posee: *Demagogo*. En una sola palabra, el autor condensó el rasgo más destacado del famoso senador que encarna el espíritu más reaccionario de la “política doméstica” del vecino del norte.

En su obra, Tye demuestra cómo la paranoia anticomunista de McCarthy agravó muchas vidas inocentes. Y en esa cruzada destinada a encontrar a todos los rojos “infiltrados” en los Estados Unidos, no había una ideología clara ni un proyecto democrático. Es más, en la cruzada inquisitiva de McCarthy casi nunca hubo pruebas fehacientes para su cacería de brujas.

Tye ahonda en los resortes biográficos y psicológicos del senador por Wisconsin: un acomplexado que comenzó su carrera como un militante más o menos progresista del Partido Demócrata y promotor del *New Deal*, que de pronto dio un giro reaccionario tras perder una elección local, y terminó su vida como un obseso autoritario contra una inexistente o sobredimensionada “amenaza” externa comunista, hasta morir muy joven, con trazas de alcoholismo en su hígado.

Pero, más allá de ese importante aporte, la obra de Tye destaca por sus denuncias contemporáneas. McCarthy no representaba una ideología liberal, individualista o crítica contras las ideas de Marx, sino una forma de configurar un conflicto. Dicho de otro modo, el macartismo no era un ideario social crítico del comunismo, sino simplemente un estilo paranoico para ejercer un “*bull-ying político*” contra una variedad de adversarios, no para confrontar sus ideas y derrotarlos en una lid democrática, sino para deslegitimarlos, anularlos o reprimirlos.

Y lo más importante del texto biográfico sobre McCarthy no es solo el esclarecimiento histórico —que es en sí mismo importante—, sino su interés actual. Porque en 1952 murió McCarthy, pero no el macartismo, cuyas principales formas de hostigamiento fueron la asociación forzada, el estilo paranoico (como también

lo denunció Richard Hofstadter) y el asedio inquisitivo dentro de un presunto marco democrático. Y, como era obvio esperarlo, la sombra alargada del macartismo tiene como principal heredero ni más ni menos que a un personaje como Donald Trump.

El macartismo y la necesidad de una coartada como amenaza externa

El macartismo es una de las expresiones fundamentales del anticomunismo. Y al anticomunismo podríamos definirlo menos como una ideología liberal que se opone a las ideas marxistas, y más como una “forma de pensar el conflicto político” (como dice Ernesto Bohoslavsky) y una forma de construir antagonismos. Dicho de otro modo, históricamente el adversario del anticomunismo no es tanto el modelo colectivista de sociedad, sino la idea de que una “fuerza externa” busca someter algún orden local. De ahí que, en el siglo xx, el enemigo central del anticomunismo no fuera “El capital de Marx”, sino un ubicuo y presunto imperialismo soviético.

Esa noción no nació en la Guerra Fría, sino que se ancla en el proceso histórico posterior a la Revolución Francesa, donde los conservadurismos interpretaron que el sacudimiento europeo y el rol jugado por el socialismo en ese momento —por su velocidad inusitada, por su vocación internacionalista y por ocurrir en diversos lugares sin conexión aparente al mismo tiempo— eran producto, necesariamente, de alguna conspiración secreta antimonárquica y anticristiana, donde minorías —como judíos y masones— fueron señalados como responsables.

El modelo orgánico de una sociedad jerárquica e inmutable, de inspiración religiosa, pesó mucho en esta cosmovisión y, si bien tenía una carga absolutamente irracional, sus miedos y explicaciones conspirativas eran esperables en un momento de cambios inéditos y muy veloces, que más tarde se acrecentaron con la Revolución Rusa, la cual expandió a nivel global la idea de que una fuerza imperialista, en eterna amenaza expansionista, podía destruir a occidente.

El proceso histórico fue determinante. La Revolución Rusa preocupaba a nivel mundial no por sí misma, sino porque ocurrió en el marco de un conflicto geopolítico

sin precedentes: la Primera Guerra Mundial, en cuya recta final ocurrió el acuerdo de paz entre bolcheviques y alemanes, visto por Occidente como una coartada imperialista, o como un intento de aliento, de parte de los rusos, a favor de una de las principales potencias expansionistas en la Europa decimonónica: Prusia. Poco después, Alemania perdió la guerra y se disolvió el imperio prusiano, pero sobrevivió el mito de que sus ínfulas expansionistas contra Occidente quedaron asentadas en el imperio naciente: el soviético.

A pesar de que las conquistas bolcheviques se centraron en recuperar territorios perdidos en los tratados de Brest; a pesar de que su expansión fue fundamentalmente hacia el Este; y a pesar de que la política exterior bolchevique fue reactiva, defensiva y concentrada más en el “socialismo de un solo país” que en una especie de Revolución Mundial, en ese momento de entreguerras nació un fantasma que, como señalan Ralph Miliband y Marcel Liebman, se convirtió en una base central del pensamiento occidental: el anticomunismo como fachada de un rechazo a un supuesto expansionismo global y ciego de parte de la Unión Soviética.

Las décadas de 1910 y 1920 fueron en Estados Unidos un escenario donde esta premisa débil tuvo un impacto enorme y significó la construcción de instituciones cuyo sentido estaba sustentado en este anticomunismo geopolítico. Leyes e instituciones en Estados Unidos de 1917 y 1918 y los tempranos veinte, como el *Espionage Act* y el *Sedition Act*, así como las instancias precedentes de la CIA y el FBI, tenían como principal insumo ideológico ese anticomunismo geopolítico: el temor de que la Revolución Bolchevique, a través de infiltrados y caballos de Troya, pudiera ejercer un acto de injerencia en Estados Unidos, como documentó Fabio Giovannini.

Así, treinta años después, en el proceso de la Guerra Fría, Joseph McCarthy no creó absolutamente nada nuevo. Simplemente llevó al paroxismo delirante y profundamente autoritario, algo que en su país se había ya convertido no solo en una ideología dominante, sino en una cosmovisión holística, en una educación integral y dominante: la idea del anticomunismo como protección contra la amenaza externa de la Unión Soviética.

La amenaza, por supuesto, era más imaginaria que real. El dominio global de Estados Unidos en la Guerra Fría era pleno, ya que —salvo en el poderío nuclear, donde existía una simetría con la URSS— en todos los demás ámbitos había una superioridad injerencista de la potencia norteamericana, cuyo objetivo era el dominio de rutas comerciales, marítimas y la hegemonía económica en su esfera de influencia, a diferencia de la esfera soviética, cuya meta no era económica sino la construcción de una especie de cinturón de seguridad.

En la segunda mitad del siglo XX, el anticomunismo geopolítico fue no solo el eje rector de la cosmovisión “doméstica” en Estados Unidos; no solo fue el eje rector de su política exterior a largo plazo; fue también su coartada antidemocrática para interferir en América Latina, promover o secundar sangrientos golpes de Estado en la región y volverse el dominante indiscutible de la economía y recursos de un subcontinente donde el comunismo fue siempre un actor marginal, casi inexistente y, salvo la excepcional Revolución Cubana, fue siempre un actor político acotado.

Nada de eso importó: desde 1954, el anticomunismo, bajo la coartada de proteger a Latinoamérica de una “amenaza externa soviética”, perpetró diversas asonadas militares, represión, violación de derechos humanos, y fue la seña de identidad de casi todos los Estados de la región (con la excepción más notoria del México posrevolucionario); hecho que favoreció el dominio político, y fundamentalmente económico de los Estados Unidos.

¿Qué pasó, empero, cuando en 1991 se disolvió el epicentro de esa amenaza global que era la Unión Soviética?

Trump, la “nueva derecha”, la “nueva amenaza geopolítica” y un punto de no retorno

Como recuerda Fernando Escalante, la disolución de la URSS en 1991 significó una especie de “triumfo cultural” sin precedentes de las derechas en el mundo, lo que implicó, en el continente americano, una década de hegemonía de gobiernos de “libre mercado”, con el “fin de la historia” como telón de fondo. Pero la política no admite actores sin antagonismos. Tras décadas de pensar

primordialmente en términos conspirativos contra una “amenaza externa”, el anticomunismo debió reformular sus adversidades, luego de que el epicentro de su ansiedad —Moscú— no era más el omnisciente enemigo.

Como han señalado investigadores como Susan George, Pablo Stefanoni o Alejandro Grimson, o como figuras de extrema derecha —Pat Buchanan o el entorno cercano de Javier Milei, los escritores fascistoides Agustín Laje o Nicolás Márquez— lo han expresado por propia boca, la caída del enemigo soviético significó una consolidación de un enemigo ya percibido desde los años setenta: el “marxismo cultural”, es decir, la idea de que las izquierdas se atrincheraron menos en la economía y más en el terreno de las identidades y los derechos post-materiales.

De ahí que un pilar fundamental del trumpismo MAGA —dentro y fuera de Estados Unidos— tenga como idea una rivalidad central contra lo que ellos consideran grupos de presión conspirativos, que desde espacios aparentemente de poco impacto —como plataformas de películas, productoras musicales, literatura o espacios académicos— se gestan una infiltración manipuladora para volver “*woke*” a la sociedad.

Pero, tras un siglo de basar su identidad política en la idea de combatir una amenaza geopolítica externa, el “fin de la historia” pronto haría construir un nuevo antagonismo, aunque de carácter regional. En 1998, ganó las elecciones un proyecto que, más allá de sus futuras contraluces, negó la idea de que ahora el libre mercado campeaba sin rivales ideológicos en América Latina.

Hugo Chávez triunfó en Venezuela con un discurso antineoliberal que impactó en dos sentidos la política internacional: se convirtió en una especie de apertura de brecha del llamado giro a la izquierda latinoamericano en el siglo XXI y, de manera deliberada, se convirtió en un intento de contrapeso retórico a la hegemonía del libre mercado en la región.

Luego de sortear y salir adelante de un intento de golpe de Estado en 2002, Hugo Chávez se fortaleció como un referente regional respecto a la puesta de límites al “libre mercado” y a la propuesta de un circuito en Mercosur que se contrapusiera a la idea, preconizada por George W. Bush y gobiernos afines a él —como el mexicano—,

de un área comercial llamada Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA).

Este hecho, al parecer anecdótico, resultaría crucial. La disputa regional entre Mercosur y el ALBA, expuesta en la Cumbre de las Américas en el otoño de 2005, coincidió en tiempo con la antesala de la elección presidencial mexicana de 2006, donde el partido histórico de las derechas, el Partido Acción Nacional (PAN), lucía débil para retener la presidencia luego de un sexenio fallido y del crecimiento de la izquierda tras el gobierno local de López Obrador en la Ciudad de México.

Parte de la estrategia del PAN para contener ilegalmente a su adversario izquierdista —luego del fallido intento de Golpe de Estado que fue el desafuero de 2005—, fue usar la política internacional para una disputa local, al utilizar la figura de Chávez (debido a su relevancia retórica en el subcontinente) como una especie de enemigo público y gastar millones en dinero ilegal para compararlo con Andrés Manuel López Obrador (AMLO), luego de una inédita ruptura diplomática de México con Venezuela, a raíz de un encontronazo iniciado por Vicente Fox— con el propio Hugo Chávez en noviembre de 2005, en el marco de la referida Cumbre de las Américas.

Así, un conflicto de carácter casi personal y muy secundario no solo se elevó a ruptura diplomática, sino que se convirtió en un insumo ideológico: sin ningún argumento ni prueba, las derechas mexicanas, reeditando la lógica conspirativa clásica del anticomunismo geopolítico acusaron por décadas que Chávez buscaba una intromisión en la elección mexicana a través de AMLO, para convertir a México en un pivote geopolítico que amenazara a Estados Unidos. La amenaza externa estaba de vuelta, ya no más desde Moscú sino desde Caracas.

Poco importó que las autoridades electorales mexicanas en 2007 y 2008 —a las que era imposible acusar de obradoristas— negaran que hubiera un solo indicio de intromisión chavista en México en 2006. Poco importó que estrategias vinculados al PAN declararan que nunca tuvieron pruebas de que Venezuela invirtiera recursos en la campaña de AMLO.

Pese a la falta notoria de evidencia en el imaginario de las derechas mexicanas Caracas se había convertido en

una nueva amenaza externa, en un proceso ideológico que parecía sustentarse más en la historia conspirativa del anticomunismo global -vigente desde el siglo XIX y afianzado en la Revolución Rusa- que en verdaderas pruebas de que Venezuela quisiera adueñarse de enclaves geopolíticos fuera de su territorio. Un nuevo macartismo tropical se consolidó en América Latina, donde Venezuela se convirtió en un tropo identitario y un antagonismo que se ha usado, como en su momento lo hizo McCarthy original, para legitimar acciones ilegales, turbias o abiertamente antidemocráticas.

La campaña de la derecha mexicana en 2006, que violó la ley, fue pionera, y poco después la secundarían las derechas latinoamericanas y transoceánicas en El Salvador, Colombia, Guatemala y hasta en España con *Vox*. En 2009, la derecha hondureña también usó la farsa de la “intromisión venezolana” para legitimar el golpe de Estado contra el presidente constitucional Manuel Zelaya. Hoy, las extremas derechas en la región tienen el tema Venezuela —quizá por encima de Cuba o Nicaragua— como un asunto identitario, al grado que Jair Bolsonaro declaró su hostilidad a ese país vecino apenas tomó posesión, igual que Javier Milei, quien al tornarse presidente de Argentina en 2023 negó nombramiento de embajador en Venezuela.

En el caso de los Estados Unidos, el tropo “Venezuela” se consolidó como “eje del mal”, sumándose a las “amenazas externas” postsoviéticas del narcotráfico en la década de 1990 y el supuesto terrorismo islámico después del 11 de septiembre de 2001. Hoy, en 2026, con la invasión de Trump a Venezuela y el secuestro de Nicolás Maduro, se abre una sombría nueva etapa en la larga historia del anticomunismo geopolítico.

Donald Trump ha declarado sin ambages que su crimen imperialista es abiertamente para adueñarse del petróleo. Parece no necesitar una coartada más. Pero el ruido con que trata de disimular su acción va rodeado de etiquetas estilo “narcoterrorista comunista”. Tal como durante el macartismo, el anticomunismo — así sea acompañado o no de etiquetas como “narco” y “terrorista” — vuelve a escena para jugar un papel antidemocrático.

Así, las raíces del *Make America Great Again* no se fundan en un intento conservador pero legítimo de reactivar la economía estadounidense. Son, sin más, la herencia maldita del “*bullying* político”, el acoso, el imperialismo abierto, que distinguió al senador republicano McCarthy y que significó —desde Castillo Armas hasta Pinochet— una de las etapas más oscuras para América Latina. ➡

**El modo es el
mensaje: la ruptura
de las convenciones
discursivas de la
ultraderecha**

¿Quién dicta esas reglas? ¿Quién decide lo que puede decirse y lo que no puede decirse en las conversaciones, según sus interlocutores y contextos? ¿Quién determina lo que es normal?

Nos demos cuenta o no, todas nuestras conversaciones están normadas, desde las más formales y protocolares hasta las más coloquiales, familiares y privadas. Está normada nuestra plática con los extraños en el elevador: “¡Qué frío! ¿no?”, “Una barbaridad, y dicen que el fin de semana va a empeorar”. A nadie se le ocurriría abrir esa conversación con una opinión controversial sobre quién merece ganar la liguilla o una pregunta indiscreta sobre el estado de salud del interlocutor. Y no es porque no haya situaciones apropiadas para emitir esas opiniones controversiales o hacer esas preguntas indiscretas, es simplemente que el espacio para ello no es ese cubo de un metro cuadrado en el que se habla fugazmente -aunque parezca eterno- con una persona circunstancial.

Está normado, también, aunque no lo parezca, el espacio de la intimidad, de la cercanía y de la confianza: en él están permitidas ciertas cosas, y están vedadas otras. Los comentarios de elevador, por ejemplo, serían muy mal vistos en una plática con amigos de toda la vida, que tomarían nuestra insistencia en el parte meteorológico como una señal de frialdad o distanciamiento deliberado.

¿Quién dicta esas reglas? ¿Quién decide lo que puede decirse y lo que no puede decirse en las conversaciones, según sus interlocutores y contextos? ¿Quién determina lo que es normal? Todos y nadie. Las normas de la conversación no están escritas en una ley, ni en un código, ni en ningún manual. A este tipo de acuerdos tácitos se les suele llamar convenciones. Salvo casos de excepción, nadie las enseña explícitamente. Aprendimos a dominar la conversación trivial de los elevadores y la conversación

íntima de las amigas cercanas de manera orgánica al interactuar con la gente en esas situaciones.

Las convenciones que rigen los intercambios lingüísticos no son una guía que distingue “lo correcto” de “lo incorrecto”, sino una serie de pautas que organizan las expectativas, agilizan la transmisión de información, y, de manera muy importante, sostienen los márgenes de la convivencia pacífica, aquella que se logra, justamente, mediante el diálogo y la buena comunicación.

¿Se pueden quebrantar esas normas? Desde luego. Y hacerlo implica romper el pacto de la civilidad dialógica. Conductas contrarias a ese pacto, como interrumpir el turno de habla del otro, elevar el tono de voz, insultar, mofarse de lo que dice, o ignorar y dejar sin respuesta son desgarres en ese tejido de cortesía que se mantiene a través de las convenciones del habla: a quién le toca hablar, quién tiene derecho a responder, cuáles son los decibeles aceptables y cuál es el tono adecuado. Las rupturas, si bien son desdenes del pacto, también son comunicación, e imponen su propio mensaje: sirven para expresar enojo, desprecio, desacuerdo, desinterés, etc.

De todos los tipos de conversaciones y discursos, el discurso público, y especialmente el político, es quizás el que tiene las normas más rígidas. En él se espera el uso de un registro formal (que no necesariamente quiere decir “culto”, pero que trata de acercarse a él), que marque distancia y respeto, y que reafirme el papel de los actores en el juego: la autoridad de quien habla y el respeto a quien escucha. En el discurso público es donde menos se espera oír groserías, insultos abiertos, o afirmaciones demasiado expresivas sin suficiente motivación. Las faltas inadvertidas a la convención se cobran caro y quienes dominan el

estilo las evitan a toda costa. Sin embargo, en los últimos años hemos visto desconcertantes excepciones: las de los discursos de los emergentes líderes de las derechas extremas, como Donald Trump o Javier Milei.

Famosos por no acatar las convenciones del discurso público, los hemos oído insultar a sus interlocutores y describir de maneras agresivas a terceros, como cuando Trump le espetó un “Cállate cerdita” a una reportera, o cuando a otra le pregunta directamente si es estúpida. En una conferencia de prensa, le preguntó a una corresponsal de dónde era. -”De Francia”, le contestó ella; “Hermoso acento, pero no entendemos lo que dices”, le reviró él. A otra reportera –no es casualidad que su blanco más frecuente sean mujeres- le declara abiertamente: “creo que eres una terrible reportera”. No solo rompe las normas de forma, sino las de fondo. Una de nuestras normas no escritas, pero que asumimos en toda conversación, pública o privada, es que nuestro interlocutor dice la verdad, o por lo menos dice lo que cree que es verdad. Sin este piso mínimo, la conversación no es nada, pierde su sentido práctico, su principio, como le llama Paul Grice, básico de cooperación. Trump rompe incluso con esta base: miente flagrantemente, con la certeza de que se le ve mentir. Así fue como dijo, respecto de Renee Good, la mujer asesinada a tiros por un agente de ICE en Mineápolis, frente a una cámara que mostró la escena con claridad a los ojos del mundo entero, que ella “de manera violenta, voluntaria y alevosa” había atropellado al oficial de ICE, “que parece haber disparado en defensa propia”. La declaración desconcertó a cualquiera que vio las imágenes en las que la realidad contradecía incuestionablemente los dichos del presidente, quien eligió, entre todas las posibles justificaciones de su mandato criminal, la mentira palmaria.

Javier Milei llama a sus adversarios, “kukas inmundos”, “basuras”, “ratas”, “parásitos mentales”. Al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Axel Kicillof, lo ha llamado “burro eunuco” y “enano”. El Foro de Periodismo Argentino (FOPEA) analizó sus publicaciones en la red X y encontró que 17,000 de ellas (más o menos el 15%) incluyen insultos y palabras ofensivas. Sin embargo, al parecer sus asesores le hicieron cambiar de estilo. En agosto del año pasado anunció que dejaría de usar insultos, “a ver si están en condiciones de discutir

ideas”. La suya no es una declaración de arrepentimiento, sino que mantiene su aire retador: “Ahora vamos a usar las formas que a ustedes les gusta para que quede en evidencia que son una cáscara vacía” y aprovecha para denunciar, de paso, una supuesta “dictadura de las formas” ante la que ahora, a su pesar, cederá, con fines estratégicos. De todos modos, en la medición del FOPEA de septiembre del 2025, sus insultos no cesaron, sino que solo se redujeron a la mitad.

¿Qué motiva a personajes como Donald Trump o Javier Milei a usar este estilo agresivo, confrontativo y abiertamente violatorio de las convenciones del discurso público? Las respuestas varían en un espectro que va desde las explicaciones que atribuyen su comportamiento a un desequilibrio mental hasta las que encuentran en ellos la manifestación de una condición estructural y los considera los productos últimos, es decir, los despojos, del capitalismo decadente.

Pienso que en algún punto medio hay una explicación que no pasa por la inevitabilidad de los discursos violentos. Por el contrario, se trata de conductas deliberadas –tan así que Milei puede escoger, en concordancia lo que le dicten las reglas del marketing político, cuando es necesario moderarse-. Romper las normas de la conversación pública es la demostración de que para ellos no hay regla que quede intocada, su poder se expresa en la ruptura de todos los pactos, incluyendo los más anónimos, los que no firmó nadie pero acatamos todos, no por sumisión, sino por simple razón práctica. A la manera de los grupos criminales que no ocultan el cuerpo del delito, sino que lo exhiben con la intención de aleccionar a sus enemigos, los líderes extremistas de derecha rompen las reglas de la convivencia para demostrar que pueden hacerlo, que no hay para ellos límite, ni rígido ni blando, que no puedan quebrantar. Lo mismo les da los derechos civiles, el derecho internacional, o las normas del lenguaje.

Incapaces de inspirar respeto, optan por la alternativa de infundir miedo. Y en su discurso, el modo es el mensaje: la violencia verbal es una herramienta de propaganda política que les permite reafirmarse como todopoderosos, capaces de rasgarlo todo y de no sentir consideración por nada o nadie. Quien puede contra las convenciones lingüísticas, parece querer decir, puede contra cualquier cosa. ←

Caminar entre *iguales*

sentido←común



Suscríbete a nuestro canal de
WhatsApp



<https://sentidocomunmx.com>

El medio ambiente de la derecha

La derecha y, aún más, la ultraderecha impulsan una manera compulsiva de producir, bajo la lógica de la reproducción ampliada del capital, que está profundizando una crisis ambiental.

La Tierra está viva

La Tierra está viva. Así lo planteó en 1926 el científico soviético Vladimir Ivanovich Vernadsky cuando publicó su libro *La biósfera*. En dicho texto advirtió que el ser humano estaba incidiendo de manera cualitativa sobre la vida en el planeta. La economía estaba ocasionando cambios espectaculares en la biósfera, las bioregiones, los paisajes y los ecosistemas del mundo natural. La humanidad, postuló, se ha convertido en una fuerza telúrica con una enorme incidencia en la vida del planeta. Esa verdad se ha intensificado. La intervención humana puede provocar un apocalipsis o cuidar el metabolismo del planeta. Es decir que, desde el punto de vista biológico, la acción humana tiene un lado oscuro (destrutivo) y un lado luminoso (auspicioso de la vida). Si bien Carlos Marx planteó en la

Crítica al Programa de Gotha, el dilema entre socialismo o barbarie, considero que hoy existe también el dilema entre proyectos de vida y proyectos de muerte.

A mi parecer, la derecha y, aún más, la ultraderecha impulsan una manera compulsiva de producir, bajo la lógica de la reproducción ampliada del capital, que está profundizando una crisis ambiental a punto de llegar a un nivel crítico e irreversible en los procesos metabólicos de la biósfera. En el presente artículo me propongo mostrar algunos de los proyectos del gran capital promovidos por las derechas (neoliberales) y las ultraderechas (neofascistas), los cuales nos encaminan hacia un mayor deterioro ambiental y a los que debemos oponernos, como lo ha definido Arturo Escobar, con proyectos orientados a la izquierda, desde abajo y con la Tierra.



La contaminación radioactiva y el riesgo de una guerra nuclear

La llegada de un gobierno de ultraderecha a Estados Unidos ha provocado un sistemático desmantelamiento de los tratados contra el desarme nuclear, el reinicio de una carrera armamentista nuclear, la modernización de los arsenales estadounidenses y modificaciones en las leyes de uso de las armas nucleares.

Todos estos cambios han provocado enormes daños al medio ambiente y la salud pública, y han incrementado notablemente los riesgos a la vida provocados por el aumento de posibilidades de un conflicto en el que se empleen ojivas nucleares.

La producción de armas de ese tipo genera una gran cantidad de residuos radiactivos y ha propiciado una gran cantidad de lugares contaminados, personas con cáncer y desechos sumamente peligrosos. El manejo de los arsenales ha provocado también contaminación nuclear, soldados que trabajan en las instalaciones nucleares y vecinos de las bases de misiles con graves problemas de salud. Al respecto puede leerse, por ejemplo, la nota de Joseph Mangano: “Por qué deben hacerse estudios nacionales de cáncer cerca de las instalaciones nucleares, antes de expandir los arsenales” (*The Bulletin of Atomic Scientists*, septiembre de 2025).

El uso de la inteligencia artificial y de robots aumenta la actividad minera

Una de las características de la política energética de la ultraderecha que gobierna actualmente a Estados Unidos consiste en quitar “límites normativos” a la producción de energía. Por ejemplo, de acuerdo con Ismael Arciniégas, Alicia Najera (y otros) en su texto “Ampliación de la capacidad energética neta disponible en EE.UU. para 2030. Barreras y soluciones” (Rand Corporation, octubre de 2025), la creciente importancia de la inteligencia artificial y las técnicas computacionales en los procesos productivos, el gobierno y los servicios han incrementado drásticamente la demanda de energía y metales críticos.

Por lo tanto, afirman, con el objetivo de garantizar la innovación tecnológica se requiere derribar las barreras ambientales que impiden el crecimiento de la red eléctrica. En consecuencia, los autores plantean la necesidad de modificar las normas que implican retrasos en los permisos para la ampliación de la red eléctrica provocados por la oposición comunitaria a dichos proyectos o por normas ambientales.

Los seres vivos marinos están viviendo una catástrofe

El mundo marino está viviendo un apocalipsis. Ballenas, marsopas, delfines, pulpos, calamares, corales y muchos otros animales marinos padecen un continuo incremento de la irrupción del ser humano en la superficie, las aguas profundas y los lechos marinos. La industria pesquera practica una sobrepesca generalizada. El libre comercio y la circulación de mercancías han generado un tráfico marítimo sin precedentes que ocasiona ruido, contaminación e invasión del espacio. El turismo destruye playas, hostiga animales para los avistamientos y produce cantidades ingentes de basura. Los espectáculos marinos y los acuarios capturan especímenes para las oleadas de espectadores sedientos de ver saltar una orca en una piscina. Las plataformas petroleras y gaseras perforan el lecho marino y provocan mega derrames.

La visión ultraconservadora estadounidense suma a ese escenario otra amenaza realmente grave: atiza la demanda de litio, cobre, níquel y tierras raras para la industria civil, así como de níquel, cobalto y manganeso para la industria militar y aeroespacial (en continua expansión). Autores como Hosan Tariq y Tom Latourrette en su artículo “La pieza faltante: Procesamiento de minerales y minería de aguas profundas” (Rand Corporation, 18 de septiembre, 2025) proponen que la minería submarina sería la solución para no depender de China y ganarle la carrera comercial y militar.

La minería de fondos marinos, afirman, es muy prometedora. La Autoridad Internacional de Fondos Marinos reporta la existencia de al menos 19 nódulos de explotación de níquel, cobalto, manganeso y cobre en los lechos marinos de alta mar. Solo uno de esos nódulos en la zona Clarion-Cliperton en el noreste del Océano Pacífico contiene cantidades de minerales críticos mayores a todas las existentes en la superficie terrestre. Huelga decir que dicha actividad provocaría destrozos prácticamente irreversibles en los ecosistemas marinos.

La colonialidad de la agricultura

Otro de las políticas impulsadas por la ultraderecha se refiere a lo que León Enrique Ávila Romero llama, en “Semillas, plantaciones, datos y drones: la colonialidad agrícola en América Latina” (Ciudad de México, Ediciones Navarra, 2024), establecimiento de una colonialidad agrícola. Según Ávila Romero, en la primera mitad del siglo XX, comenzó un proceso de colonialidad del poder, el saber, el ser y la biocolonialidad.

En una primera oleada de neocolonización, en la primera mitad del siglo xx, comenzó una colonialidad agrícola; después de los años cincuenta vino una segunda oleada neocolonial promovida por la mal llamada Revolución Verde. En la actualidad, sobre todo con la llegada de gobiernos como el de Jair Bolsonaro en Brasil y Donald Trump en Estados Unidos, se encuentra en curso una tercera etapa de colonialidad de la agricultura de América Latina mediante la llamada Agricultura 4.0, basada en la imposición de sistemas de información geográfica (SIG o GIS) y sistemas de geoposicionamiento global (GPS), imagen satelital, cámaras digitales LiDAR (*Light Detection and Ranging*), drones, robots, teledetección en la agricultura y detección remota hiperespectral (bandas espectrales anchas).

El uso de este tipo de tecnologías implica un proceso que consiste en varias etapas: recolección de datos por satélites y sensores en campo, análisis automatizados de datos y *big data*, diseño de paquetes tecnológicos que incluyen semillas (según una combinación de previsiones meteorológicas, química de suelos y precios en la bolsa de valores). Los problemas de estas tecnologías (como las que imaginaba Ricardo Anaya como solución para el campo mexicano), son numerosos. Emplean transgénicos que empobrecen la diversidad genética. Utilizan intensivamente abonos y pesticidas que contaminan suelos, agua y aire. Además, coartan los procesos de domesticación y diversificación que han realizado las comunidades de los diversos centros de origen del mundo a lo largo de milenios y que han hecho posible la agrobiodiversidad.

La geoingeniería como intrusión mayor en la biósfera

Algunos grandes billonarios vinculados a los hidrocarburos han puesto en marcha proyectos de geoingeniería terrestre, oceánica, atmosférica y solar. Se trata de intervenciones a gran escala en la Tierra (en la superficie, los océanos y la estratósfera) para supuestamente paliar los efectos del cambio climático. Dichos megaproyectos son aprobados por científicos a sueldo de las empresas.

De acuerdo con Silvia Ribeiro, directora de Grupo ETC Latinoamérica, diez países generan el 75 % de las emisiones de gases de efecto invernadero; Estados Unidos, con el 5 % de la población, consume el 25 % de la energía del mundo. La única manera efectiva de reducir las emisiones consiste

en disminuirlas en los países donde se generan.

La geoingeniería contiene riesgos ambientales muy importantes. Por ejemplo, la geoingeniería marina practicada en el Mar de Sulu, en Filipinas, ha llevado a cabo experimentos de introducción masiva de nutrientes en el océano para estimular la multiplicación de fitoplancton que capture carbono. Esto ha provocado anoxia (falta de oxígeno en el agua), ha generado suelos oceánicos muertos, ha disminuido las poblaciones de peces y ha quebrado a por lo menos diez mil pescadores. Sería muchísimo más efectivo y seguro cambiar los hábitos de consumo de los países más contaminantes.

Importancia de frenar la contrarrevolución ambiental de la ultraderecha

El capitalismo ha llegado a un momento histórico de una intensa contradicción entre su necesidad de la reproducción ampliada (a cualquier costo ambiental) y la agudización de una crisis ambiental provocada por la explotación de la naturaleza. Por un lado, una buena parte de las derechas intentan resolver esa contradicción por la vía del capitalismo verde, que intenta poner ciertos frenos a la destrucción ambiental y convertir en negocio la conservación y la remediación. Por otra parte, las ultraderechas impulsan una visión negacionista (del colapso ambiental) y confían en una solución tecnocrática que permita seguir empleando las viejas tecnologías, remueva la normatividad ambiental y vuelva impotentes las resistencias comunitarias.

No cabe duda que estamos enfrentando una auténtica contrarrevolución ambiental que, en caso de triunfar, intensificará la crisis ambiental a un punto irreversible de los procesos ecológicos del planeta. Como parte de su hegemonía, las ultraderechas han promovido un sentido común conservador que menosprecia la naturaleza en nombre del progreso y la subsunción de la vida al capital. Para resistir esa visión se requiere un nuevo sentido común subalterno y rebelde. Pienso que ser de izquierda en el siglo xxi implica una cierta *educación sentimental* opuesta a la cosificación de la naturaleza y su conversión en mercancía. Marx expresó en la “Crítica al Programa de Gotha”, el dilema entre capitalismo o barbarie; hoy ese dilema se actualiza bajo la forma de colapso ambiental o cuidado de la vida. ◀

